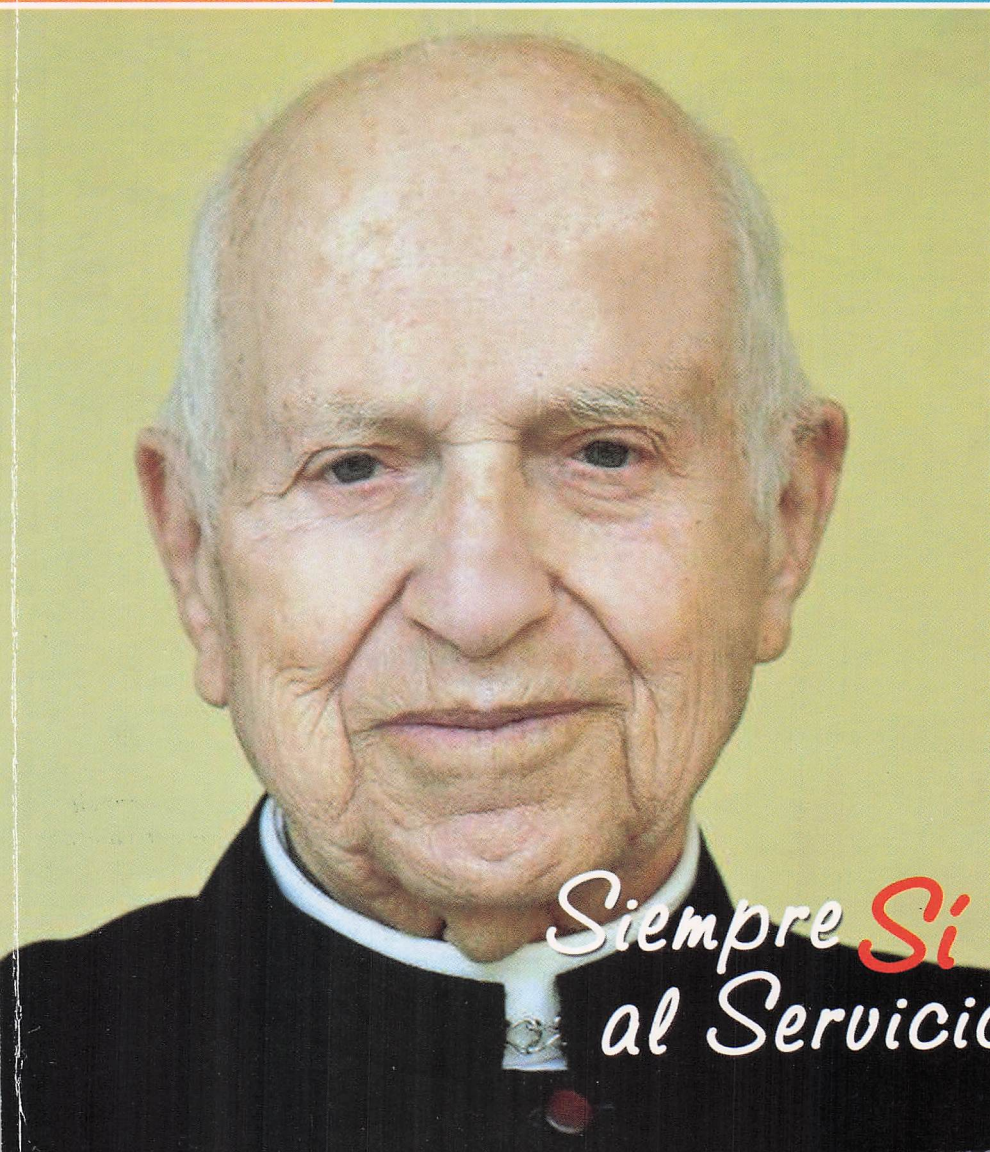


Anécdotas I

P. Bartolomé Ambrosio S.D.B.



*Siempre **Si**
al Servicio*

acimiento:

14/08/1917 en Villanova Mondoví
(Cuneo, Italia)

egó a la Inspectoría:

16/01/1937, Ayagualo

**gresó por primera vez a la casa
lesiana de:**

Penango (Asti), el 24/09/1932,
donde quedó 4 años.

rocinio:

1-Guatemala-Colegio Don Bosco:
1941-1943

ología:

San Salvador-Don Rua: 1944-1947

esidencia en comunidad:

1938-1940 Ayagualo-Aspirantado
1941-1943: Guatemala-Colegio
Don Bosco
1944-1947: San Salvador-Don Rua
1948-1949: Guatemala-Colegio
Don Bosco
1950-1960: Guatemala-La Divina
Providencia
1961: San Salvador-Parroquia
María Auxiliadora (Don Rua)
1962-1978: Guatemala-La Divina
Providencia

1979-2007: Guatemala-Colegio
Don Bosco

2008-2009: Guatemala-La Divina
Providencia

Cargos en la Comunidad:

Consejero escolar: Guatemala-
Don Bosco: 1948

Ecónomo: Guatemala-Don Bosco:
1949

Vicépárroco: Guatemala-La
Divina Providencia: 1950-1960

Vicépárroco: San Salvador-
Parroquia María Auxiliadora (Don
Rua): 1961

Vicépárroco: Guatemala-La
Divina Providencia: 1962-1974

Párroco: Guatemala-La Divina
Providencia: 1975-1976

Director y Párroco: Guatemala-La
Divina Providencia: 1977-1978

Vicépárroco: Guatemala-Don
Bosco: 1979-1982

Párroco: Guatemala-Don Bosco:
1983-1993

Vicépárroco: Guatemala-Don
Bosco: 1994-2007

Confesor: Guatemala-La Divina
Providencia: 2008-2009

**Se presenta al Creador 22 de agosto
2013**

GUATEMALA, 2015

**PUBLICACIÓN DE: EXALUMNOS SALESIANOS, FUNDACIÓN MARVELLI,
CENTRO DE FORMACIÓN PROFESIONAL BARTOLOMÉ AMBROSIO**

INTEGRANTES: Isabel Botrán L., Raúl Vásquez Dieguez, Euda Ruíz V., Venancio
De León, Manuel E. Lezana M., Lionel Estrada Furlán., Mario Enrique Jaramillo.



PRÓLOGO

La vida del Padre Bartolomé Ambrosio, fue sumamente sencilla; se desenvolvió entre Italia, cuando era niño y adolescente, en El Salvador como joven seminarista y en Guatemala siendo ya sacerdote. Casi siempre los cargos que desempeñó fueron de párroco o vice párroco. Su grandeza no radicó en viajes, carreras académicas o cargos de gobierno dentro de la Congregación Salesiana. Su grandeza y belleza radicó en su espiritualidad: su sencillez y humildad, su celo sacerdotal por las almas, su amor y dulzura hacia el prójimo, su respeto a toda clase de personas, ricos y pobres, su dedicación a los enfermos, hizo del Padre Ambrosio un “sacerdote espiritualmente excepcional”, a quien en una ocasión otro salesiano le preguntó ¿padre Ambrosio, cómo le ha hecho usted para hacerse santo? Y él con su acostumbrada sencillez respondió “poco a poco”.

Hoy a más de dos años de su partida a la Casa de Dios Padre quienes le hemos admirado, querido y respetado, deseamos rendir un sencillo homenaje a la grandeza de este extraordinario sacerdote salesiano, por ello ponemos en manos de los lectores este libro titulado *“Anécdotas del Padre Ambrosio”*, recopilación sencilla, amena y edificante de pasajes vividos por algunos parroquianos, amigos y sacerdotes que le conocieron a lo largo de los sesenta y siete años que vivió en Guatemala, pasajes en los cuales se podrá confirmar cada uno de los dones humanos y cristianos con que Dios adorno a este **“Párroco de Guatemala”** como le llamaban cariñosamente.

El padre Ambrosio fue un salesiano que llegó a Guatemala para quedarse, nunca olvidó su tierra pero adoptó las tierras guatemaltecas como propias, les conocía territorialmente pero conoció más a profundidad a su gente, su forma de vida, sus aspiraciones, su religiosidad, también sus debilidades ante las cuales siempre les hizo presente a un Dios misericordioso, para ello él nunca ahorró esfuerzos físicos. A través de estas anécdotas presentamos al sacerdote que recorrió a pie distancias tan grandes como las comprendidas desde la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús hasta la finca la Pedrera, que visitó hospitales públicos y privados, que solía llevar el viatico a casas señoriales y a viviendas más que humildes, que no faltaba a la oración con sus hermanos de comunidad pero que nunca llegaba a tiempo para las comidas con tal de prodigar el bien. Un sacerdote cercano

a los niños y a los jóvenes, un sacerdote obediente a sus Superiores, un sacerdote de oración personal y comunitaria pero que en todo momento se presentó humilde como su nombre pues sólo se hacía llamar “Padre Ambrosio” ...

Podemos decir que en el padre Ambrosio se hicieron vida las palabras de Don Bosco *“Cuando un Salesiano sucumbe bajo el peso excesivo, trabajando por las almas, entonces podréis decir que nuestra Congregación ha alcanzado un gran triunfo y sobre ella descenderán copiosas bendiciones del cielo”*.

Comisión Para la Promoción Histórica P. Bartolomé Ambrosio. S.D.B.

¿CÓMO CONOCÍ AL PADRE AMBROSIO?

En el año 1993 ingresé en los Talleres Salesianos hoy CFP padre Bartolomé Ambrosio, en ese entonces no conocía casi nada de Don Bosco, solo sabía que él fue un sacerdote que trabajó por los jóvenes y usaba sotana negra. Bueno, en el año 1996 fui a realizar unos trabajos en la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús, de repente escuché que alguien se acercaba en la oficina donde yo estaba, de pronto vi a un sacerdote con su sotana negra y me dijo ¿Qué tal muchacho, cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Cómo te sientes en los talleres? ¿Te tratan bien? ¿Con quién vives? Etc. En ese momento me pregunté quién era el que tanto se preocupaba por mí, en un momento pensé que era el mismo Don Bosco, no tanto en lo físico sino por su entrega y cercanía hacia los jóvenes, la disponibilidad en atenderlos, la amabilidad en tratarlos, el tiempo que dedicaba en escucharlos, nunca decía no tengo tiempo, la frase que se hizo famosa en él fue “EN QUE LE PUEDO SERVIR”.

Al día siguiente llegó a visitarme nuevamente y me preguntó ¿Cómo estás? ¿ya desayunaste? Y me regaló un pan de manteca, un francés y una taza de café, y se quedó acompañándome un buen rato, en ese momento pensé que los sacerdotes no hacían nada más que celebrar misa porque siempre lo veía platicando con la gente que lo llegaba a buscar. Desde ese momento me llamó la atención conocer más sobre la vida de Don Bosco.

¿CUÁNTO TIEMPO LO CONOCÍ?

De diciembre del año 1996 al 14 de agosto del año 2012 fecha en que junto con los alumnos lo fuimos a saludar por motivo de su cumpleaños, todavía nos impartió su santa bendición, sin saber que era la última vez que lo miraríamos con vida. Ya que días después Dios lo llamaría a su presencia.

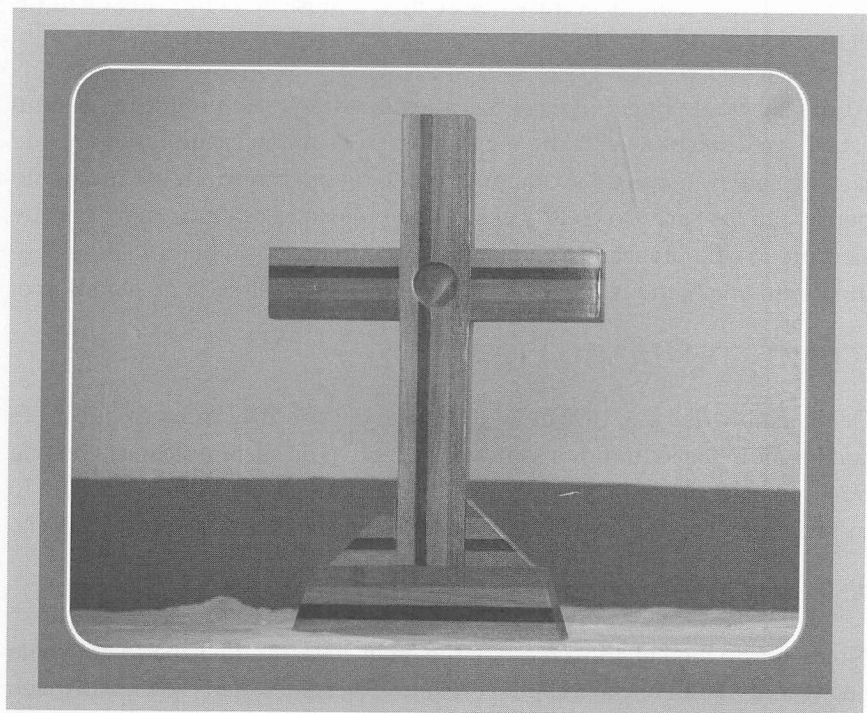
ANÉCDOTA:

No recuerdo bien el año, creo que fue en el 2004, un día sábado, yo venía en el bus de Palín hacia la capital (Talleres Salesianos), en eso vi a un joven que venía leyendo un libro titulado “**DON BOSCO ERA ASÍ**” de **Enzo Bianco**. Me llamó la atención y le pregunté dónde había comprado ese libro y me dijo, me lo regaló un Sacerdote llamado Padre Ambrosio, luego yo intervine diciéndole de la Parroquia Sagrado Corazón, sí me contestó, luego me dijo conoces al Padre Ambrosio, y yo le contesté sí lo conozco y

tuvimos una larga conversación en todo el camino; luego me dijo ¿Te gusta el libro? Yo le dije sí, y el joven me dijo tómalo, al principio yo me negué porque era algo especial para él, pero me dijo que me iba a visitar en los talleres cuando terminara de leer el libro, que no me preocupara por el tiempo, lo cual acepté, pero semanas después lo llamé y nunca me contesto, insistí con las llamadas y hasta la fecha ya no supe nada del joven.

Pedro Guzman

DPI 1666 17229 0511



Fragmento de cabello del P. Bartolomé Ambrosio SDB.
Contenido en cruz elaborada en maderas guatemaltecas por
Prof. Pedro Guzmán del C.F.P.

ANÉCDOTAS VIVIDAS CON EL PADRE AMBROSIO

Por: Leonel Estrada Furlán

En 1950 previo a cumplir 7 años de edad estaba preparado y programado a recibir la Primera Comunión en el antiguo templo de la Divina Providencia. En las participaciones aparecía el nombre del párroco, padre Manuel I. Sicker como celebrante: sin embargo, presidió la Eucaristía el padre Bartolomé Ambrosio, quien cumplía tres años de haberse ordenado en el templo de María Auxiliadora en San Salvador. Con la humildad y sencillez que lo caracterizaban compartió en la homilía que la ausencia el Párroco obedecía a que su perro le había mordido la mano cuando le daba de comer.

En el año 1951 inicié mis estudios en el colegio Santa Cecilia que se convirtió en Don Bosco en 1957, por lo que mi parroquia fue el Sagrado Corazón de Jesús. Mis papás continuaron en la Divina Providencia. De esa suerte, recuerdo que mi mamá participaba activamente en los rezos, misas, procesiones y demás festividades en el culto a María Auxiliadora. Yo le manifesté mi deseo de pertenecer a ese grupo para poder llevar en mi cuello la medalla de la virgen con un listón rosado y celeste. Me indicó que lo veía difícil pues sólo había mujeres, pero que se lo consultaría al padre Ambrosio. Para mi sorpresa el 24 de mayo de 1954 yo recibía la ansiada medalla, gracias a que el padre Ambrosio dijo que no debería vedarse a un niño su acercamiento a María Auxiliadora.

Desde 1950 a la fecha, gracias a Dios, he tenido sentido de pertenencia con la familia salesiana. Mi consejero y confesor fue el padre Ambrosio hasta el 22 de agosto de 2012, día en que entregó su alma al Creador. Bautizó desde mi primer hijo 1965, hasta mi última nieta, 2009. Nos acompañó en los momentos de alegría y de dolor. Gracias a su don de consejo intercedió por nuestra familia en situaciones apremiantes. Era fabulosa su bienvenida con una sonrisa y una jaculatoria y su despedida con una palmadita y la palabra; *"Paciencia"*.

Una tarde de mayo de 1995 recibí un telefonema de doña Elisa, secretaria de la parroquia Sagrado Corazón de Jesús, indicándome que el Padre Ambrosio quería hablarme personalmente. Al día siguiente fui a buscarlo y me dijo; Quiero que usted sea Ministro Extraordinario de la Comunión, así que hable con don Oscar Meckler quien los coordina y se ponen de acuerdo. Algunos meses antes de ser instituido Ministro Extraordinario

por monseñor Próspero Penados del Barrio el padre Ambrosio me nombró Ministro Parroquial y tuve el honor de servir en sus Misas. En 1997 viajé a Miami, Florida. El párroco de ese entonces era el padre Dionisio Pacheco, quien me encargó que le comprara un Cáliz para el padre Ambrosio, quien estaba próximo a cumplir sus 80 años de vida. Cuando el padre Pacheco se lo entregó el 14 de agosto, dice que se lo agradeció emotivamente pero le dijo que no se hubiera molestado que ese dinero pudo haberse empleado para favorecer a los niños pobres.

Durante los 15 años que serví como Ministro Extraordinario, acompañé en muchas ocasiones al padre Ambrosio a llevar la Comunión a los enfermos. El párroco padre Erinaldo Morales nos indicaba que la visita debía circunscribirse al perímetro jurisdiccional de la parroquia. Obviamente eso era imposible con el padre Ambrosio. Iniciábamos con los enfermos parroquiales, luego con los del centro histórico, los de jardines de la Asunción y, eventualmente con los del IGSS. Al padre le regalaban panes, frutas, libros y hasta gallinas. Siempre decía que había que recibirlos para que no se ofendieran los donantes. Lo curioso era que después visitábamos algunos hogares en donde eran bien recibidos los productos.

Entrar al hospital general del IGSS era impresionante y conmovedor. Literalmente le hacían rueda y valla por donde el padre caminaba. Hasta cristianos no católicos querían saludarlo y otros se conformaban con sólo tocar su sotana. Muchos domingos al medio día visitábamos algunas salas del Hospital General San Juan de Dios, en donde lo vi bautizar niños recién nacidos, auxiliar enfermos terminales o jóvenes accidentados. Lamentablemente ese apostolado dominical hubo de suspenderse por los asaltos en los pasillos del hospital.

Algunas veces nos sorprendió la noche en ambientes rurales, por veradas polvorientas, en casas sin energía eléctrica y nunca protestaba por las inclemencias del tiempo. Es anecdótico lo que sucedía ocasionalmente con el rezo del rosario en el carro. Por ser presa de cansancio se quedaba dormido y a los minutos despertaba y seguía el rezo justo en donde lo había interrumpido.

En los primeros meses del año 2001 sufrió quebrantos en su salud y fue hospitalizado en el entonces Bella Aurora. Recuerdo que le llevé la sagrada comunión y un sentimiento de emoción me invadió. Yo les había llevado la comunión a tantos enfermos y nunca había sentido esa sensación de

estar frente a la persona con quien tanto nos queríamos, mi maestro, mi guía. Darle la comunión a un sacerdote y de esos quilates no se presenta a menudo. Luego del protocolo debido le presenté la teca para que él tomara la sagrada hostia, pero ante la rigidez de sus manos procedí a llevársela con las mías. Cuando nos despedimos me dijo que Dios se lo pague, si puede venir otro día lo estaré esperando.

Cuando la Asociación de Antiguos Alumnos de don Bosco seleccionó al padre Ambrosio para izar la Bandera de Guatemala en el programa cívico permanente del banco industrial, sucedió que al momento de preguntarle al padre, quienes serían sus escoltas, claramente dijo; Isabelita Botrán, Maco Marroquín y Leonel Estrada. Después del acto le agradecí tan valioso gesto para mí, y sólo esbozó una sonrisa, como quien dice al entendido por señas.

Momentos antes al fallecimiento de don Bosco monseñor Clagliero le dijo; Aquí estamos sus hijos, yo levantaré su mano y bendíganos. En efecto, alzó su mano derecha, trazó la cruz en el aire e impartió su última bendición acompañada de su inefable sonrisa. Quien iba a saber que el padre Hugo Estrada tendría a su cargo similar función el 14 de agosto de 2012, cuando logró llevar la mano derecha del padre Ambrosio y nos bendijo al final de la misa celebrada por sus 95 años de edad.

La mañana del 23 de agosto de 2012, sus restos mortales ocupaban lugar preponderante en la nave central del templo en donde más misas celebró. Se respiraba un olor a santidad. Su rostro irradiaba una paz profunda que no hablaba de muerte sino de sueño eterno. La rosa que tuvo en sus manos recientemente en un acto palaciego se multiplicó por docenas para conformar un hermoso jardín, en cuyo centro estaba el padre Ambrosio como preguntándoles a quienes se acercaban a verlo y despedirse ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Nota del autor. Estas anécdotas han sido extraídas de artículos y entrevistas realizadas por el suscrito en el Periódico La Misión, Diarios La Hora, Prensa Libre y El Periódico.

ANÉCDOTAS

Conocí al padre Bartolomé Ambrosio en la medianía de la década de los años sesentas, siendo yo muy pequeño. Amigo y guía de mi familia y luego asesor espiritual de mis hermanos que estudiaban en el Liceo Salesiano y posteriormente muy vinculado conmigo cuando ingresé al Salesiano don Bosco.

Desde que lo conocí supe por su forma de ser que era una persona servicial, siempre dispuesto ayudar al prójimo. De hecho nuestra familia era de condición media y él nos ayudó a que yo pudiera realizar mis estudios en el Colegio Don Bosco.

Me consta su incansable búsqueda y tramitación de becas y bolsas de estudio y todo tipo de ayudas para que la niñez y juventud se superaran.

Recuerdo que en los recreos se identificaba con todos los alumnos, nos regalaba estampitas de los santos, nos daba consejos e incluso algunas veces participaba en nuestros juegos con su tradicional e infaltable sotana negra. Algunas veces caminaba en los patios en plena hora de recreo y recuerdo que jamás le dimos un pelotazo, siempre decía que María Auxiliadora lo cuidaba.

Cada vez que se acercaba a uno le preguntaba si se estaba portando bien y si iba a misa los domingos. En mi caso me decía que siempre estudiara y que me portara bien con mi mamá y que la ayudara, ya que no teníamos papá.

Llegaba a menudo a la casa, sobre todo cuando alguno de los integrantes estaba enfermo. Rápidamente se ganó el cariño y la confianza de nuestros vecinos a quienes de alguna manera les compartía su mensaje evangelizador.

Cada vez que tenía oportunidad celebraba la Eucaristía en la Iglesia de la Pedrera, incluyendo confesión y visita de enfermos.

Tuvimos la Bendición que casara a mi hermano mayor y posteriormente a mí persona en la Iglesia Nuestra Señora de Lourdes de La Pedrera zona 6. Todo el tiempo que le solicitamos administrar un Sacramento siempre estuvo dispuesto, que yo recuerde nunca se negó. Bautizó a mis dos hijos en la Capilla del Colegio Don Bosco. También recuerdo cuando bautizó a la hija de un amigo y compañero y yo participé como padrino. Siempre

abogaba porque los nombres de los niños recordaran a algún santo.

Con mi madre, Amelia Montenegro de García, visitábamos al Padre Ambrosio el día de su cumpleaños y otras fechas especiales. Nos recibía con mucha humildad y decía que no era necesario que se le llevara ningún presente, que con solo visitarlo era suficiente.

Visitaba constantemente a mi mamá en su lecho de enferma llevándole la Sagrada Eucaristía, estas visitas fueron por largo tiempo. Más adelante cuando mi madre ingresó al IGSS por una enfermedad en sus pulmones, igualmente la visitaba todos los días llevándole la Comunión, hasta que falleció. Algo curioso era que visitaba todas las salas saludando a las personas, platicaba con ellas para darles consuelo y además les daba la Sagrada Comunión. Las enfermas estaban pendientes de su llegada y lo recibían con mucha alegría.

El Padre Ambrosio poseía una gran memoria, ya que aunque tenía años de no ver a mis hermanos, siempre estaba pendiente de si se estaban portando bien y se recordaba de hechos personales, cosa que los sorprendía.

Tuve la oportunidad de hablar con él cuando ingresé a trabajar en el CFP, aunque ya estaba enfermo se recordó de mi persona, hermanos y de mi madre especialmente. Compartimos alguna refacción en la salita de juntas y alguna que otra anécdota, cuando aun visitaba el centro.

Tengo solo recuerdos especiales del Padre Ambrosio, aunque decían que tenía carácter fuerte jamás lo vi enojado, siempre irradió una paz que tranquilizaba a cualquiera. Así como ver su humildad y bondad que nos dejaba con la boca abierta.

Posteriormente tuve la oportunidad de visitarlo en su último cumpleaños, y a pesar que estaba muy delicado de salud nunca lo oí quejarse, ni protestar. Al contrario lo veía todo con alegría.

No me cabe la menor duda que es un SANTO que entregó su vida en Guatemala por todos nosotros.

Omar García Montenegro
Antiguo Alumno de don Bosco

MI RELACIÓN CON EL PADRE AMBROSIO. COMO LO CONOCÍ Y LO VI.

Tengo 72 años de edad y guardo muy gratos recuerdos del padre Bartolomé Ambrosio, cuando se desempeñaba como párroco de la Divina Providencia (guarda viejo).

En aquel entonces yo tenía 20 años y vivía en la 32 calle y 3ª avenida de la zona ocho. Me gustaba confesarme con él, pues inspiraba confianza y bondad acompañados de muy buenos consejos. Con mi familia participábamos en la Misa dominical que celebraba. Recuerdo que contraje matrimonio cuando tenía 22 años, y él amablemente firmó el permiso para poder celebrar la boda en la capilla del Señor de las Misericordias, ya que mi futuro esposo Carlos Enrique Rodas asistía a esa parroquia. Mi vida ha sido cerca de los salesianos, y mis hijos me contaban “Jugamos fut con el padre Ambrosio, pero solo le gusta meter goles y nunca en la portería” siempre fue muy allegado con los niños.

A menudo se le miraba por las calles de la zona 8 con su sotana negra, llevando ayuda a quienes sufrían quebrantos de salud y apoyando a las familias con necesidades económicas. Las jaculatorias y los consejos eran su tarjeta de presentación. Cuando yo estaba criando él me inspiró “que le pidiera a Dios que si era su voluntad, alguno de mis hijos Ileana Patricia, Juan Carlos o Gustavo Adolfo, fuera médico o sacerdote”, como era mi deseo.

Fue realmente un regalo de Dios haber conocido y tratado al padre Ambrosio. Son personas privilegiadas que no se cruzan frecuentemente en nuestra vida.

Celia Gregoria Salazar Aguilera

CRISTOBAL GARCIA ORREGO - SACRISTAN

El doctor Venancio De León conversó con el señor Cristóbal García Orrego, Sacristán de la parroquia La Divina Providencia, compartió el cariño y aprecio que siempre le guardó al padre Ambrosio, desde que lo conoció en 1993, cuando llegaba a celebrar misa semanalmente a Chuarrancho, municipio de Guatemala. Recuerda que tras solicitarle le ayudara a conseguir un trabajo en la capital, de inmediato se lo trajo a la parroquia Sagrado Corazón de Jesús, en la que permaneció durante ocho años, hasta que lo aseguró en la Divina Providencia en la que sigue prestando sus servicios como Sacristán.

Manifiesta don Cristóbal que algo de lo más característico en el padre Ambrosio era su entrega a los fieles a quienes atendía sin horarios, sin hacer distinciones entre ricos y pobres, si era de día o de noche, invierno o verano. A todos les brindaba su sonrisa, un apretón de manos y una jaculatoria a don Bosco o María Auxiliadora. Tanto le impactó la vida ejemplar del padre Ambrosio, que literalmente lo adoptó como su papá.

Recuerda la tristeza que se sintió en el ambiente el día en que entregó su alma al Creador, provocando un pesar general y un vacío imposible de llenar en la vida de la parroquia, la familia salesiana y la población guatemalteca en general. Para el mes de los santos mucha gente lo venía a buscar para las misas, ya que él realizaba homilías muy especiales. Los niños acólitos estuvieron siempre cerca de él, pues además de su cariño y afecto, cuando se equivocaban en su servicio, nunca les gritaba o regañaba, sino que los aconsejaba posteriormente, invitándolos a rezar el rosario, a acercarse al confesionario y a ser muy devotos de la Virgen Auxiliadora y de don Bosco. Gracias a Dios por permitirme conocer y servir al Padre Ambrosio, sentencia emocionado.

ANECDOTA NARRADA POR FABRICIO BERNARD, S.C.

En los últimos años que pasó el Padre Ambrosio en la parroquia Divina Providencia, solía confesar durante la eucaristía de 6 a.m. Se le dificultaba bajar las cinco gradas que de la sacristía conducen al Santísimo, con dificultad también y muy despacio se hincaba frente al sagrario. Dos o tres veces lo vi cumpliendo con ese deber, pero en el preciso momento en que se había puesto de rodillas, más de algún parroquiano le solicitaba ser confesado. El Padre Ambrosio que ni siquiera se había persignado se levantaba con bastante dificultad y se sentaba para confesar al penitente.



Portátil para bendecir, utilizado por P. Bartolomé Ambrosio SDB

COMPARTIMIENTO DEL SEÑOR GUILLERMO SOLÓRZANO

Yo conocí al padre Ambrosio cuando celebró en la parroquia Divina Providencia la misa conmemorativa de mis bodas de plata matrimoniales. El tiempo pasó y con mi esposa decidimos asistir a la misa en el santuario expiatorio al Sagrado Corazón de Jesús. Curiosamente cuando cumplimos cincuenta años de casados, el padre Ambrosio ofició también la Eucaristía. Luego aceptó ser mi confesor y consejero y entonces conocí a fondo la calidad humana que poseía.

Siempre lo admiré, entre otras virtudes, por su vocación de servicio y su entrega por los enfermos de cuerpo y alma. Tuve el privilegio de acompañarlo varias veces en su recorrido para llevar el Cuerpo de Cristo por diferentes zonas capitalinas. En cierta ocasión fuimos al hospital Roosevelt a ver a una persona que estaba grave. Como era muy conocido sólo a él le permitieron ingresar y me compartió después que luego de auxiliarlo por medio del sacramento de la unción de los enfermos, el paciente falleció. Otra vez que lo acompañaba tuvimos que hacer uso de una pasarela y me dejó sorprendido de la rapidez con que subió que no pude alcanzarlo.

Cuando me retiré de la vida laboral, me dediqué a colaborar en los caminos del Señor: de tal suerte que me identifiqué profundamente con la forma de pensar y actuar del padre Ambrosio, encontrando en su sabiduría y bondad un bálsamo siempre reconfortante. Escuchar sus consejos y comprobar que cumplía lo que predicaba, así como su admiración y amor a María Auxiliadora, hicieron que me afiliara al grupo de hombres católicos en acción.

Yo fui muy feliz y me sentí bendecido cuando el padre me invitaba a compartir con la Comunidad parroquial en algunas festividades. Cuando arreció su enfermedad llegué a visitarlo y su lucidez era siempre admirable. Su preocupación por el prójimo tenía la prioridad en su pensamiento. Estoy seguro que el padre Ambrosio hizo de su vocación un auténtico sacerdocio. Un santo en el amplio sentido de la palabra.

MONSEÑOR OSCAR JULIO VIAN.

El padre Ambrosio celebró el matrimonio de mis papás en el templo de la Divina Providencia. Con el tiempo lo conocí en el Filosofado Salesiano a finales de los años sesenta. Cuando realicé mi tirocinio, lo miraba con más frecuencia, pero donde realmente lo traté fue en el colegio Don Bosco, cuando el padre Ambrosio tenía a su cargo la parroquia y yo era director del colegio. El gran amor que el padre Ambrosio manifestaba por el prójimo lo identificó siempre en todos sus actos. No importaban las distancias, ni la hora o las inclemencias de tiempo. Nunca estaba sin hacer algo, pues atendía a la feligresía, rezaba el rosario, visitaba enfermos, confesaba y daba consejos a quien requería sus buenos oficios, asistía a funerales, su oración siempre vigente y su profundo amor por María Auxiliadora, y el Santísimo Sacramento.

Todo el barrio y muchos sectores ciudadanos se engalanaban a diario al ver al padre Ambrosio con su maleta bajo el brazo, movilizarse en vehículos de personas que gustosamente lo llevaban, otras veces en buses urbanos e incluso a pie. Muchas personas experimentaron una sensación muy particular cuando él les administraba los sacramentos y daban testimonio de sentir una paz profunda, digna de recibirse solamente de una persona ungida y dotada de muchos carismas. El padre Ambrosio siempre me mostró mucho cariño. Él era mi confesor por lo que me conoció muy bien: y a pesar de ser yo bastante más joven que él, siempre fue muy respetuoso, humilde y obediente.

Un capítulo muy valioso en su vida lo escribió en beneficio de las familias de las comunidades que frecuentaba. Propició la unidad de muchas parejas de convivientes que no se habían acogido al matrimonio. Hizo brotar la comprensión entre padres e hijos, fomentó la oración en los hogares, aconsejó a muchos jóvenes y llevó al seno de varias familias la alegría, el consuelo y el conocimiento de Jesús.

Hasta los últimos momentos de su vida me atendió como confesor. Recuerdo que aunque ya estaba muy delicado de salud, no faltaba quien lo buscara para que lo absolviera de sus pecados. Ese confesionario es un mudo testigo de la cantidad de personas que por sus ventanillas recibieron el consejo y el perdón. Cuanto gozo experimentaríamos muchas personas, laicos y religiosos, si llegare a prosperar la causa de beatificación del padre Ambrosio, que como es vox populi es un claro ejemplo de santidad salesiana.

PADRE BARTOLOMÉ AMBROSIO

ANECDOTAS

UN SACERDOTE PARA SIEMPRE

Primera comunión: Fue en agosto de 1952, con siete años de edad que le conocí en la Parroquia La Divina Providencia -Guarda Viejo-, era entonces “el ayudante del párroco Padre Manuel Sicker”, alemán de origen severo a la vista de los niños. Su ayudante el padre Ambrosio mostraba su carisma de sacerdote paciente, comprensivo con los que llegamos a estudiar la doctrina. No se cómo pero gané el examen que consistía en saber; El yo pecador, el Padre Nuestro, el Credo, la Salve, y otras preguntas tan sencillas como ¿Quién nos ha creado? ¿Para qué nos ha creado Dios? Aparte de enseñarnos a consumir la hostia (sin consagrar por supuesto). Llega el gran día, y la misa la celebra el Padre Ambrosio, qué predicó no me recuerdo, pero creo que él ya vislumbraba su misión, “acercar a los seres humanos a su creador”.

Visita a enfermos: La visita a los enfermos era otra de sus ocupaciones, no recuerdo una negativa, por lejos o difícil que fuera ir a encontrarse con ellos. En una ocasión mi padre, gran amigo de él, le pidió ver a una señora cliente del negocio de la familia, la Señora Ángela, que ciertamente estaba ya en la hora final, que vivía en la “Boca del Monte”. Mí padre busca un taxi y vamos con el padre Ambrosio para aquel lugar... llega, le da la “Unción de los enfermos” y vamos de regreso ya que el Padre Ambrosio, siempre tenía mucho que hacer, en el regreso venía el solo en el taxi; pues mi padre tomó la decisión de esperar el final, fue muy duro regresar a pie por ese camino, pero se había cumplido con la **asistencia a los enfermos**. **No conoció la palabra NO**, cuando se le buscaba siempre estaba anuente a servir. En cierta ocasión se presenta una señora al Colegio Don Bosco, pregunta por él, le cuenta de una enferma en el IGSS, y para ese lugar va el padre, tenía ciertos quebrantos de salud, pero no se negó, fue y realizó su especialidad “llevar consuelo y el sacramento” en esta ocasión al regresar ya un poco noche, habiendo pasado la hora de cena de la comunidad, el director le dice “Padre dónde ha estado, usted sabe la hora de oración y cena, además usted está enfermo, ¿en dónde estaba? Con su modo de hablar, jamás altanero contesta “vino la señora de... y usted sabe que no me podía negar y fui a auxiliar a una enferma en el IGSS”. Qué podía contestar el director... bueno... la próxima avise...

No importaba quien; fue un niño, otra un antiguo alumno, la mamá de un exalumno, siempre estuvo al servicio y a la disposición de llevar “Consuelo y sacramento”. Le conoció todo el barrio, iba y venía con su valijita, donde llevaba sus instrumentos “sagrados” (algunos de ellos se conservan en la capilla Pinardi del Centro de Formación Profesional que lleva su nombre).

Matrimonio; Ya he dicho antes del aprecio y respeto que mi padre y el padre Ambrosio se tenían, mi padre le cuenta que su peluquero está enfermo, que no está casado, que no puede moverse, y planifican el casamiento. El padre Ambrosio ya estaba en el lugar, y el peluquero sale premiado con un combo de sacramentos; confesión, matrimonio y unción de los enfermos, además de la Eucaristía... moría días después... pero qué faltaba... Dios quiera haya sido la fiesta en el cielo.

Con los niños, niño; Me refiero al hecho de mi nieta uno a dos años de edad, que el viejito le debe haber llamado la atención, y no le desprendía los ojos, el padre entra en el confesionario, hay muchos arrepentidos esperando el turno, todos dirían sus pecados, pero mientras tanto el Padre Ambrosio aprovechando la puerta pequeña del confesionario (como era antes) se daba al juego con la niña... se le escondía y se le aparecía...

Bautismos a granel; Siendo párroco de la Iglesia al Sagrado Corazón de Jesús, cuántos bautizos de 20, 30 o más niños, su catequesis simple “póngale a los niños nombres de santos” para que ellos los protejan y sirvan de guía, y cuando alguien tenía un nombre y el no lo conocía dentro del santoral, pues ponía adelante o atrás María, Juan, José etc..

Desprendimiento sin límite; Estando dentro del confesionario, se le acerca una persona y le da algún dinero... lo recibe, lo guarda en la bolsa, termina su trabajo de confesar, y mira a alguien, se lleva la mano a su bolsa y da lo recibido, si vio cuanto era... (quién sabe) simplemente lo dio, me dice mi hijo fijate... y me cuenta el hecho asombrado... ¡Qué prédica más profunda!

Vayan con el Padre Ambrosio el nunca se niega. Nunca oí de él un reparo, salvo que tuviera que officiar misa y decía solo digo la misa y vamos, pero una vez terminada la misa a cumplir con la misión.

Hablemos al Padre Ambrosio; La acción de los Exalumnos Salesianos, como cualquier acción necesita de medios económicos, y estos no son fáciles de conseguir. En cierta ocasión los Exalumnos deseamos hacer la “casa del exalumno” había que comprar un terreno, “Fíjese Padre... “ “Yo creo que puedo ayudar, días después consigue el terreno a un precio muy por debajo de lo justo... para la casa de los Exalumnos” hoy el centro Bartolomé Garelli (hasta el día de hoy me doy cuenta del nombre Bartolomé tal como él se llamaba, y uno de los primeros alumnos de Don Bosco... casualidad... la mano de Dios que todo lo hace bien). Continúa la obra, el factor económico aprieta... Padre ayúdenos “consíganos un préstamo” ustedes recen... y va el Padre con un su exalumno (que no le negó nada) viene con la respuesta “Dice que se los da... pero regalado” y la obra continúa... (como Don Bosco) limosneros del dinero... pero repartidores del amor de Dios. **El Centro Formación Profesional Bartolomé Ambrosio;** el edificio es muy antiguo, no es apto para atender a cerca de 200 muchachos que no han tenido la oportunidad de tener una instrucción formal, que les garantice un futuro. Hagamos el proyecto, propongámoslo a instituciones de ayuda internacional, la respuesta es nada, los países estamos en crisis económica, la idea clásica “**hablemos con el Padre Ambrosio**” se realiza gestiones y en menos de tres meses se tiene la ayuda para construir el edificio, condiciones ninguna que no se pueda cumplir, y dentro de ellas... **le ponen al Centro Bartolomé Ambrosio**, en 11 meses el edificio está construido. Los destinatarios tienen donde estudiar y recibir al estilo de Don Bosco educación **integral** “religión, razón y amor” y mucho más la presencia del Padre Ambrosio aún enfermo que los visita todas las semanas, en su silla de ruedas, siempre con su sotana, una gorra que le cubre la cabeza, pero ante todo dándoles el ánimo de que se formen, que sean buenos jóvenes... y el Centro continúa, sin límites no se dice no a nadie, no importa si es o no católico, su pasado es reconstruido y ahí los antiguos alumnos (Exalumnos de Don Bosco) por medio de la Fundación Alberto Marvelli y la Asociación de Exalumnos continúan la obra de Don Bosco y con la compañía del Padre Ambrosio, quien seguramente nos ve desde el cielo, buscan hacer realidad “Dame almas, lo demás llévatelo todo” y dando a Guatemala “Buenos Cristianos y Honrados Ciudadanos”

La sotana negra; nunca lo vi sin **sotana orgulloso de ser sacerdote**, se veía que no eran nuevas, estaban gastadas del trabajo del sacerdote, en tiempo de mucho calor usaba una sotana blanca, y hablo de la sotana que ahora ya no se ve, pero él en su silla de ruedas, con oxígeno, su gorra, y con SOTANA siempre dispuesto al que lo necesitara, y así llegó siempre al CFP.

Manuel Lezana

PADRE AMBROSIO Y LA CONFESIÓN

En el colegio, como sabemos durante mucho tiempo, estaba la posibilidad de ir al gimnasio o entrar a la iglesia para ir a Misa. Ingresábamos a la iglesia y al rato observamos que de la sacristía salía una persona de sotana negra, blanco y canoso (aunque en ocasiones también llevaba su sotana blanca). De por sí, no eran muchos los alumnos que iban a Misa, así que algunos pocos nos dirigíamos al confesionario. Nos hincamos, e iniciaba la misma. Con su voz dulce, el Padre Ambrosio iniciaba la conversación con el “Haber Mijito, diga sus pecados”. Recuerdo que aunque no debía ser así, teníamos nuestro padre predilecto para confesar. El padre Ambrosio era uno de ellos. Su carisma para que uno dijera “Todo”, y sus palabras asertivas para que uno cambiara frente a ciertos pecadillos recurrentes. Pero ante todo, queda grabada la dulzura con que aquel hombre nos trataba, en la mente nunca se olvidará la frase de “Mire Mijito, no haga tal cosa porque ocurrirá tal otra”. Mis recuerdos y mi imaginación coinciden en ese recuerdo. Mis recuerdos con el Padre Ambrosio y mi imaginación con Don Bosco, y decido que ambos hechos cazaban si no a la perfección, posiblemente de una forma muy parecida en el estilo de confesión, en la importancia que ambos sacerdotes le daban al sacramento, en la paciencia y en el amor que uno percibía de ellos.

Se sale de quinto curso, la graduación, se ingresa a la Universidad, las responsabilidades crecen, la presión, etc. Después, la novia, el matrimonio, los hijos, el trabajo. En cada una de estas etapas, cuando viene la desorientación, los problemas y el miedo, se regresa a las raíces. Como el primer día cuando Maria Auxiliadora lo lleva de la mano a la casa Salesiana, ya uno “por sus propios medios” va y se hinca frente al altar de Maria Auxiliadora para visitarla, hablarle a la madre y contarle sus problemas. Ya no es tan frecuente como cuando se estaba en el colegio.

Ha pasado más tiempo sin la confesión. Y de repente – Aquel hombre de sotana negra, blanco y canoso, se dirige hacia el confesionario. Como si Maria Auxiliadora lo hubiera mandado para decirnos “Si, pero te hace falta que estés en Paz, habla con mi hijo, y libérate de los pecados que vienes arrastrando”. Y como en antaño escucha esa querida voz “Mijito diga sus pecados”....

Ing. Sergio Alonzo. sc

YOLANDA CATTAM SE REFIERE AL PADRE AMBROSIO

Pocas personas tiene uno la oportunidad de conocer que sean tan serviciales, educadas y amables como el padre Ambrosio. En mi familia todos le tuvimos mucho cariño y agradecimiento, ya que por mucho tiempo visitaba a los enfermos de la familia y les llevaba la sagrada comunión, así como se preocupaba que quienes no estuvieran bautizados y confirmados, fueran catequizados para recibir dichos sacramentos. De las cualidades del padre Ambrosio las que más me llamaron la atención, fueron su paz, su carácter y su tranquilidad. Esa paciencia y sabiduría para confesar. Recuerdo sus palabras cuando mataron a mi esposo.

La última vez que lo vi le llevaba una caja con uvas y una botella de vino, pero estaba tan enfermo que sólo me vio y con su dulce mirada me dijo tantas cosas que me enterneció. Estoy segura que llevó su sacerdocio como Dios quiso y creo que se mortificaba con todo y no se quejaba de nada. Iba siempre presuroso a hospitales, casas y funerarias a llevar consuelo y amor.

Casi murió en mis brazos, pues fui la última persona autorizada para entrar a su cuarto cuando estaba en agonía.

UN TERNERO PARA LA FIESTA DE LOS 50 AÑOS DE SACERDOCIO DEL P. AMBROSIO

Los días anteriores a la celebración de las bodas de oro sacerdotales del Padre Ambrosio, todo era preparación, regalos, invitación a los feligreses de la Parroquia del Sagrado Corazón y a los muchachos del Colegio Don Bosco a participar, orar y celebrarlo en grande. Un día se me presentó un señor en la sacristía que muy desparpajadamente se hacía pasar por un ganadero muy generoso y admirador del P. Ambrosio. Me ofreció un ternero de su finca, para la fiesta del P. Ambrosio; sólo pedía que le pagáramos el flete del camión y que él lo traería hasta el colegio Don Bosco. Por supuesto yo me olí el timo, pues es una forma habitual de dar un dinero por adelantado que volaría por arte de magia. Pero el "generoso" señor no se dio por vencido ante mi negativa de su oferta y acudió al mismo P. Ambrosio llenándolo de felicitaciones y haciéndole la misma oferta generosa y, aunque yo ya se lo había advertido al mismo P. Ambrosio, él llevado de su generosidad le dio el importe del flete que le pidió tan "generoso admirador". El P. Ambrosio nos lo contó diciendo que esperaba un ternero para su fiesta, y añadió que el "generoso donante" le dijo que, en caso de que no pudiera llegar a tiempo, nosotros mismos fuéramos por el mentado animalito a la siguiente dirección: "primera entrada, camino a Amatitlán". El ternero nunca llegó, y tampoco fuimos a buscarlo en la "primera entrada, camino a Amatitlán". Después, delicada y jocosamente le dije: Padre, ¿se acuerda que se lo había advertido?, ¿no le sonaba todo eso a un timo? Y él sencillamente me contestó: ¿Y si hubiera sido cierto? ¿Íbamos a arriesgarnos a rechazar el regalo de un alma generosa?

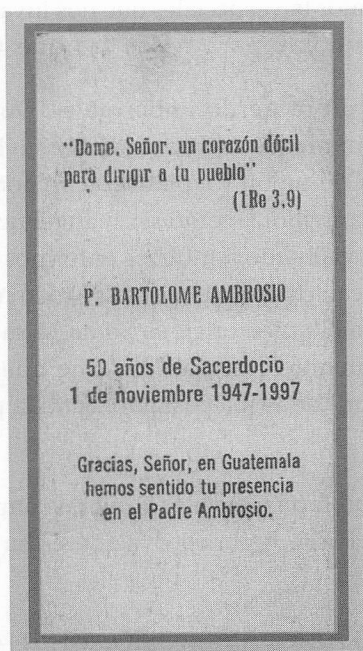
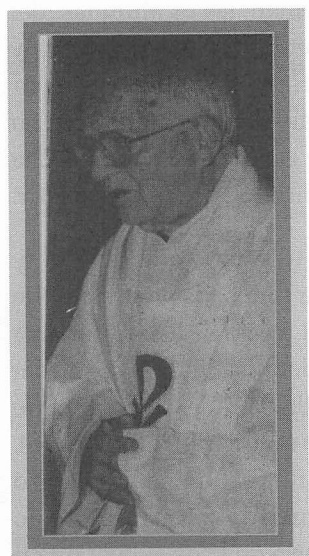
Otras cosas por si interesan:

Esto fue en un momento de amigable y distendida conversación en Ayagualo, El Salvador, durante unos Ejercicios Espirituales. Un hermano, con un delicado tono amistoso le pregunta: P. Ambrosio ¿cómo ha hecho usted para hacerse santo? Y el P. Ambrosio, responde sin inmutarse, sencilla e ingenuamente: "Poco a poco".

Más de una vez le pregunté: Padre, ¿por qué acepta celebrar tres o cuatro misas el mismo día? Y él me contesta: Yo me ordené ya de mayor, así es

que procuro celebrar todas las que puedo para suplir las que no pude celebrar antes de la ordenación.

P. Dionisio Pacheco



Estampa de celebración de sus 50 años de sacerdocio.

Guatemala 6 de octubre 2014

Por medio de la presente hago constar que tuve la dicha y el honor de conocer personalmente al Padre Ambrosio, BARTOLOME AMBROSIO, a quien recuerdo con mucho cariño y respeto.

Cada año, el 16 de Julio, día de la Virgen de Carmen, las ex alumnas del Colegio Teresa Martín de Quetzaltenango, nos reunimos con mucha fé y entusiasmo, en casa de Isabel Botrán que tiene una bella capilla, a celebrar este gran día. Por muchos años el Padre Ambrosio celebró la misa con su carisma y amor tan especiales que nos invadía de gozo y hacía que este día fuera inolvidable para todas las que teníamos la dicha de asistir.

El me dejó un recuerdo imborrable . Durante tres años que tuve muy enferma a mi mamá , el Padre Ambrosio llegaba todos los jueves a darle la Sagrada Comunión y a platicarle un poquito. La casa se llenaba de una gran paz maravillosa, como si un ángel nos hubiera visitado. Y seguía su peregrinaje visitando a muchos enfermos mas, llevándoles la palabra de Dios con su característica bondad. De todo corazón se lo agradeceré siempre. También fue él quien oficio la Santa Misa en el funeral de mi madre. Yo sentí nuevamente esa gran paz que nuestro querido padre Ambrosio emanaba por donde iba pasando. Sentí la presencia de Dios al lado de mi madre.

Agradezco profundamente a mi querida amiga Isabel Botrán que nos llevara a conocer al Padre Ambrosio, ya que sin su colaboración todo hubiera sido imposible.

QUERIDO PADRE AMBROSIO, MUCHAS, MUCHISIMAS GRACIAS POR TANTA BONDAD Y AMOR QUE DERRAMÓ EN ESTA TIERRA DONDE SIEMPRE SE LE RECORDARÁ CON MUCHO AMOR.

Magdony del Aguila Hastedt

Estas líneas fueron escritas por Agustín Hernández Álvarez, más conocido como Augusto.

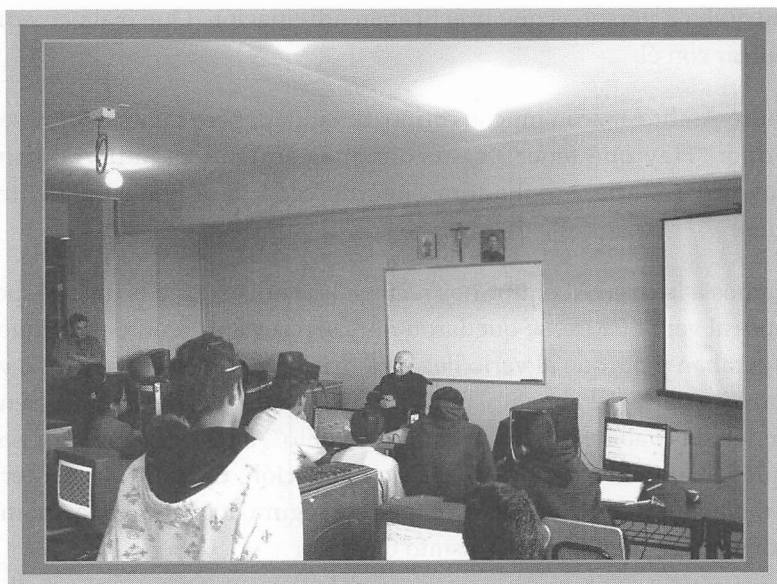
Yo Augusto Hernández Álvarez, conocí al Padre Bartolomé Ambrosio en 1942, como maestro, me dio clases, segundo, tercero y cuarto grado de primaria en una escuelita, después al colegio Santa Cecilia, hoy Don Bosco, también nos enseñó a ayudar en la Santa Misa o sea que fuéramos buenos acólitos.

En los recesos jugaba con nosotros fútbol, algunos patojos le ponían zancadía y él cómo todo un buen maestro no decía nada.

Más tarde cuando ya era sacerdote en la Divina Providencia (Guarda Viejo) bautizó a mis cuatro hijos. Pasaron los años, yo trataba de hablar con él para recordar tiempos atrás, pero siempre me decían ya se fue a su cama, yo lo que quería también que me “echara” su bendición como sacerdote o como todo un “SANTO”. El hizo muchísimo por la Iglesia La Divina Providencia y por sus fieles católicos.

Adios Padre Ambrosio, ya nos encontraremos donde quiera que usted este.

DPI 1658 98366 0301



El padre Ambrosio, en el centro de formación que hoy lleva su nombre, dando los buenos días.

ANÉCDOTA No. 1

El abuelito de mi esposa era una persona bastante mayor, 90 a 95 años. Mi esposa me comentaba, especialmente en los últimos años antes de morir, su preocupación por la salud espiritual de su abuelito, ya que siempre estuvo alejado de la religión, aunque era católico, y sobre todo porque frecuentaba a personas que leían las cartas y no asistía a la Santa Misa.

La salud del abuelito empeoraba cada día. Dos días antes de morir, mi esposa estaba preocupada y deseaba llevarle un sacerdote para que lo asistiera. Conociendo el rechazo que tenía él y algunos de sus parientes a los sacerdotes, pero por la gravedad de su abuelito y peligro de que no muriera en gracia de Dios, decidimos solicitarle al Padre Bartolomé Ambrosio que visitara el abuelito.

Padre Ambrosio, como siempre, con una disposición y celo apostólico que todos conocemos, se preparó de inmediato y nos dirigimos a la casa del abuelito. En el camino, según nosotros para preparar al Padre Ambrosio con el posible rechazo que él pudiera encontrar, le dimos el nombre del abuelito y quisimos anticiparle que tenía muchísimo tiempo de no confesarse, que no frecuentaba la iglesia, que era “matacuras” y que algunas veces frecuentaba a personas que practicaban adivinación. Que ojalá accediera a platicar con él.

El Padre Ambrosio, con mucho cariño, serenidad, pero también muy serio, nos dijo: “Hay que tener fe, la confianza en Dios es importantísima. Pidámosle a María Auxiliadora que interceda para que su abuelito se confiese”.

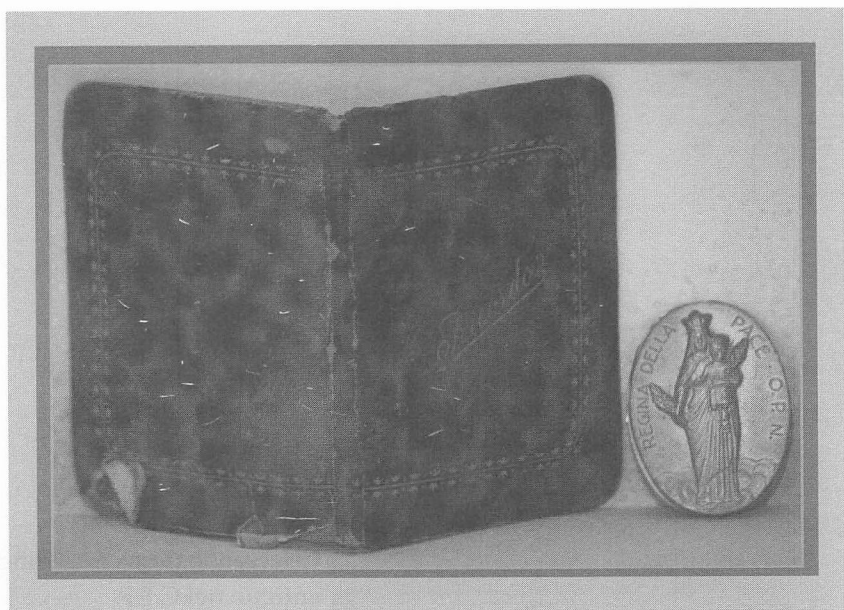
Llegamos a la casa. Al entrar nos reciben la mamá y las tías de mi esposa, quienes al ver al Padre, se quedaron muy serias y sorprendidas porque no lo esperaban y porque al verlo llegar podría tener un efecto negativo y de rechazo de parte del abuelito. El Padre con su actuar santo entró diciendo: “Dónde está el abuelito, dónde está el abuelito”, a las tías de mi esposa no les quedó sino indicarle dónde está la habitación. El Padre sin perder un solo momento y con voz cariñosa, fuerte y segura, lo llamó por su nombre y le dijo que se alegraba muchísimo de verlo.

Con mi esposa rezábamos en silencio. Pasado un buen rato sale el Padre Ambrosio del brazo del abuelito, quien le agradeció y lo abrazó

cariñosamente. El abuelito se confesó, comulgó y recibió la Unción de Enfermos. El día siguiente falleció en Gracia de Dios.



Estampa de María Auxiliadora que conservó al llegar a Centroamerica

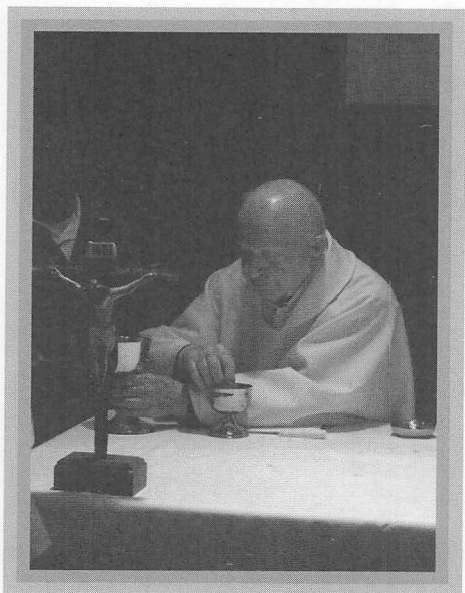


Medalla de María Auxiliadora que le acompañó siempre.

ANÉCDOTA No. 2

Durante algún tiempo tuve el privilegio y la gracia de Dios de que el Padre Ambrosio me pidiera que le ayudara en la Santa Misa durante la semana, a las 6:15 horas, en el Altar de María Auxiliadora; y que por ser ministro extraordinario de la Sagrada Comunión, llevara el copón al Sagrario con las hostias no consumidas. Así lo hice por un buen tiempo. Todos los días llegaban casi siempre las mismas personas y podría fácilmente estimar el número que comulgaban. En una ocasión, el Padre celebró la Santa Misa, consagró las formas en el copón que siempre utilizaba. Pero sucedió que llegaron mucho más fieles y el número de comulgantes fue mayor.

Como era día especial, el Padre dio la Comunión bajo las dos especies. Yo le sostenía el cáliz y daba la comunión. Llego el momento en que observé que solo tenía cuatro o seis hostias consagradas en el copón y faltaban doce o quince personas por comulgar. Al observar que no le iban a alcanzar las sagradas formas, le dije al Padre: "Padre fracciónelas porque faltan muchos". El levanto la vista siguió dando la comunión, sin fraccionarlas. Yo le insistí como dos o tres veces que las fraccionara. Para mi asombro el Padre Ambrosio termino de dar la comunión, según pude ver, con las mismas hostias que vi desde que empecé a decirle que las fraccionara.



Celebrando misa en el edificio antiguo del C.F.P.

ANÉCDOTA No. 3

De toda Guatemala es sabido la entrega y el amor a la confesión del Padre Ambrosio. En una oportunidad, un primer viernes, que asisten más fieles que en días normales. El Padre iba rápido de la comunidad a la iglesia porque iba a confesar. El Padre se tropezó en una grada, se hirió la cabeza. Solo se puso un pañuelo en la herida y sangrando entró por la puerta de la sacristía a la iglesia. Llegó a su confesonario y empezó a confesar. Yo era uno de los fieles que con frecuencia buscaba al Padre porque era mi confesor. Lo vi llegar sangrando. Reaccione para avisar lo que le pasaba, pero ya venía cantidad de personas detrás de él para llevárselo a curar. Cuando lo vieron el Padre dijo que seguiría confesando y después lo curaran. Luego de confesar al primero de la fila, le abrieron el confesonario y él dijo que debía seguir confesando. Fue necesario que un médico que asiste a la iglesia movilizara su equipo de emergencia para curarlo dentro del confesonario. En cuanto el galeno realizó su trabajo, el Padre continuó administrando el Sacramento de la Misericordia. Qué ejemplo de entrega y amor al Sacramento de la Misericordia.

Anónimo

BLANCA DE LARA

22 de Agosto de 2014

2417 39667 0601

Cuando escribo estas líneas se me inunda el cuerpo de un grato calor, al recordar a un personaje como lo fue el padre Bartolomé Ambrosio, quien para mi y para muchas personas fue un verdadero ángel terrenal. Siendo muy niña supe de él, pues yo crecí en un barrio donde existen dos iglesias: La Divina Providencia y el Santuario Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús, iglesias en las que todos los parroquianos hablaban con mucho cariño y respeto de su persona y sus obras.

Cuando crecí y luego me casé me mudé del barrio Santa Cecilia como se le llamaba, pero siempre tuve noticias del padre Ambrosio. Al pasar el tiempo mis cinco hijos crecieron y tuve el privilegio de inscribir a los tres varones en el Colegio Don Bosco, lo que me dio la oportunidad de estar más cerca de las obras del padre Ambrosio al ser el párroco del Santuario Expiatorio.

Como parte de nuestras actividades cristianas tuvimos la oportunidad con mi esposo Oscar Lara, de asistir a Cursillos de Cristiandad en donde mi esposo formó un grupo que se reunía periódicamente en la Iglesia y que tuvo el privilegio de tener como Guía Espiritual al padre Ambrosio. Esto dio como resultado que mi familia y yo nos relacionáramos más con las actividades del padre, recibiendo sus sabios consejos y sus sagradas bendiciones, lo que se hizo extensivo hasta el bautismo de mis nietos.

Mi esposo tuvo la oportunidad de viajar al interior de la República en las jornadas de Cristiandad que efectuaba el padre Ambrosio, a pueblecitos y aldeas en donde no había párroco fijo. Allí el padre impartía la Palabra de Dios y la Sagrada Eucaristía, mi esposo se sintió feliz y satisfecho al ver como el padre no se daba abasto para dar la Sagrada Comunión a tanta gente, por lo que lo nombró Ministro de la Comunión, labor que desarrolló con mucho fervor y entusiasmo. También para Semana Santa efectuaban dichos viajes y el padre quien era muy respetuoso me preguntaba si le daba permiso a mi esposo, sus palabras textuales eran: "Doña Blanqui me presta a su esposo para que me acompañe?" y mi respuesta siempre era la misma "Padre no tiene que pedirme permiso, al contrario yo también quisiera acompañarlos". Esto se repitió durante muchos años a pesar que por ser días de asueto y meditación queríamos estar con nuestros hijos.

También recuerdo las reuniones que hacían en el Seminario Mayor, pues luego de las mismas mi esposo me llamaba para que pusiera un juego más de cubiertos pues siempre invitaba a almorzar al padre Ambrosio, yo por mi parte le preguntaba también al padre sobre qué le gustaría comer, a lo que respondía humilde y sencillamente: “Una sopita, también pancita en salsa verde de miltomate, pues es muy bueno para la Diabetes”. Esta receta era compartida por mi esposo pues los dos padecían la misma enfermedad.

Otra de las anécdotas impresionantes de nuestra vida espiritual al lado del padre Ambrosio fue cuando viajaban en un Pick Up con Camper, hacía un pueblecito de Chuarrancho, en una carretera estrecha y con muchas curvas con barrancos a ambos lados, viajaban con ellos dos patojos en el Camper, y en una de las vueltas el Pick Up derrapó quedando con las llantas delanteras en el aire, el padre quién viajaba en la cabina con mi esposo llevaba en sus manos el Copón Sagrado; con mucha serenidad le dijo a los muchachos quienes estaban asustados, que no se movieran, y se puso a orar. Debido a que ya era muy tarde y estaba oscureciendo no había nadie en los alrededores, luego de una intensa oración el padre logró ver en la penumbra a una cuadrilla de trabajadores quienes milagrosamente habían atrasado la salida de su lugar de trabajo, inmediatamente pusieron manos a la obra, cargando en vilo al Pick Up y retornándolo a la carretera. Luego de repuestos del enorme susto que se llevaron el padre, mi esposo y sus acompañantes decidieron bajarse para dar las gracias a los campesinos, pero éstos ya se habían marchado, desapareciendo en la oscuridad. El padre al ver esto le comentó a mi esposo: “Ya ve, don Oscar, el Señor quiere que sigamos trabajando para él”. Palabras que mi esposo nunca olvidó.

Fueron muchos los momentos felices que compartimos con el Padre Ambrosio, entre ellos cuando celebró la ceremonia religiosa del casamiento de mis hijos, también bautizó a varios de mis nietos.

Recuerdo que mi esposo me comentó que en una ocasión le había dicho al padre Ambrosio que si él fallecía primero, le ofrecía sentirse siempre tomado de su sotana, pero mi esposo falleció primero. Cuando el padre Ambrosio murió yo sentí como si hubiera sido alguien de mi familia, pero al mismo tiempo sentí una enorme paz espiritual al tener la confianza y certeza de tener en el cielo alguien muy querido a quien acudir.

ELISA DE VELIZ

SECRETARIA PARROQUIAL

DPI 2420369290101

Guatemala, julio 2014

¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian el Evangelio de la paz, de los que anuncian el Evangelio de lo que es bueno! (Romanos 10.15)

Este es un versículo de la Palabra de Dios, que llegué a comprender completamente cuando Dios me bendijo con el privilegio de conocer al Padre Ambrosio desde el año 1962, cuando ofició el matrimonio de mi hermano. Y en los años 76 y 81 cuando bautizó a dos de mis hijos.

Fue una maravillosa oportunidad, la que la vida me diera al permitirme conocer y trabajar más de cerca con un Santo Varón, cuando en enero de 1988, inicié a trabajar en la Oficina Parroquial de Don Bosco; donde actualmente aun laboro.

Durante veintidós años compartí junto al Padre Ambrosio, hasta el año 2010 cuando fue trasladado a la Iglesia Divina Providencia. El Padre fue el Párroco de esta parroquia durante todo este tiempo, y allí fue donde día a día viví la santidad, amor y entrega que sin cansancio y sin condición social, brindaba al prójimo.

El no conocía la palabra NO, siempre estaba dispuesto a servir a cualquier persona que le buscara, ya sea para visitar a un enfermo, moribundo, dar los Sacramentos y Eucaristías, dentro y fuera de la parroquia. No eran condicionantes para él, el día, la hora ni la distancia.

Algo sorprendente en él, era la manera en que Dios le usaba, su Santidad a través de ese Don que Dios le concedió, por muy enferma que la persona se encontrara, cuando él les visitaba, si no era el tiempo de Dios para morir, era sanado pronto y si era el caso que ya su tiempo habría llegado, a través de los sacramentos que le ministraba, la persona encontraba esa paz que solo Dios sabe dar ante esa situación.

Cada vez que regresaba le preguntaba ¿Cómo vio al enfermo? Y me respondía, con sabiduría: solo Dios sabe si se va a curar pronto y todavía no es su hora; Y si miraba al enfermo muy grave, sabía estimar el tiempo de vida que le quedaba a esa persona.

La labor diaria del Padre Ambrosio era incansable, iniciaba muy temprano, y terminaba muy tarde. Yo le preguntaba ¿ Padre no está cansado?, hoy ha salido constantemente y ha oficiado las misas necesarias, y él contestaba con una dulce sonrisa; *¡ya vamos a descansar cuando estemos en el paraíso!*

El padre Ambrosio no era solo el Párroco de esta parroquia sino de toda Guatemala.

Persona incansable, que sabía disfrutar de momentos de descanso, sentado en una banca del templo, frente al Santísimo, rezando, solo permitía ser interrumpido, por una necesidad de confesión.

El Padre Ambrosio reflejaba santidad, amor fraterno y su fidelidad a su vocación al Sacerdocio. Nos ha dejado un ejemplo a seguir, en cuanto al servicio al prójimo sin esperar nada a cambio, sino como dice la Palabra del Señor en el libro de Colosenses **“todo lo que hagan háganlo de corazón, sabiendo que del Señor recibirán la recompensa, porque a Cristo el Señor sirven”**

Era firme en no aceptar el divorcio en el matrimonio, era un intercesor de las familias y los matrimonios, y cuidaba que todas las personas tuvieran sus sacramentos no importando la edad. Devoto de Jesús Sacramentado, Don Bosco, y de nuestra Madre María Auxiliadora, así como del Papa. Influyó en la de los niños por Domingo Savio.

Podría narrar muchas anécdotas que quedaron guardadas en mi corazón del privilegio hermoso que Dios me dio de compartir con un verdadero Siervo suyo. Lo que atesoraré y recordaré siempre, es la oportunidad que tuve de compartir con un Santo.

A Dios sea la gloria, por tener instrumentos de honra como el Padre Ambrosio, varón que predicó, vivió y enseñó que es posible y correcto vivir conforme a la Palabra de Dios

EVA CRISTINA GRANADOS ARMAS DE SANTIZO

DPI 2331 9084 81324
12 Calle "B" 20-43 Zona 11; Col. Mirador 2
Guatemala, Guatemala

Nuestra historia con el Reverendo Padre Bartolomé Ambrosio, sacerdote salesiano, se remonta al año 1942.

El 6 de agosto de 1942 la tierra tembló en Guatemala, y las casas de Patzún, Chimaltenango se derrumbaron. Manuel de Jesús Santizo López, treceavo hijo de una familia humilde que vivía de la siembra de maíz y trigo, tenía siete años. Sus padres al ver la calamidad en que se encontraban al perder cosecha, granero y casa, decidieron trasladarse a la ciudad de Guatemala en busca de fuentes de trabajo para los hijos mayores y una mejor vida para los menores. Cuando llegaron a la capital, Manuel de Jesús Santizo López tenía siete años de edad y su hermano + Nector Santizo López tenía once años; ambos debieron dejar la escuela en Patzún que fue destruida también por el terremoto. La señora Petronila López de Santizo, madre de mi esposo, le pidió al Padre Sicker, sacerdote salesiano, director del Colegio Santa Cecilia el apoyo para que sus dos hijos fueran recibidos en la escuela anexa al colegio; como en ese momento ya se adentraba el mes de septiembre, el P. Sicker se negó a la petición ya que solo faltaba un mes para terminar el ciclo escolar. Doña Petronila López de Santizo sale de la dirección angustiada y llorando por no haber podido resolver la situación escolar de sus dos pequeños.

En el recorrido hacia la calle, doña Nila, así le llamaba cariñosamente, se encontró con el seminarista Bartolomé Ambrosio quien le saluda e interroga por sus lágrimas. Ella le explica que es madre de una familia muy numerosa, que se han tenido que trasladar del campo a la ciudad por haber perdido todo en el terremoto recién pasado, que se encuentran viviendo pobremente en los alrededores del colegio Santa Cecilia y se encuentra en la búsqueda de oportunidades de estudio para sus dos hijos más pequeños y que el P. Sicker se rehusó a aceptarlos para terminar el año en la escuela anexa.

El seminarista de 25 años de edad, que en ese momento estaba realizando su tirocinio, se comprometió con doña Nila a resolver esa situación y le dijo que llevara a sus dos hijos el día siguiente a la escuela. El seminarista habló con los maestros de primero y cuarto grado de primaria solicitándoles el apoyo para recibir a los dos niños en sus aulas, los maestros

aceptaron y la primera parte del plan del seminarista Ambrosio se encontraba concluida; lo siguiente, era ingresar a los niños a las aulas sin ser detectados el primer día. Para ello se ubicó por la mañana, del día acordado con doña Nila, en la puerta de entrada; doña Nila, le presentó a los dos niños y el seminarista les explicó la estrategia para ingresarlos a las aulas sin que el director se diera cuenta e impidiera dicha acción. La estrategia consistía colocar a cada niño bajo su sotana y caminar juntos hasta el aula donde los maestros los recibirían y los niños se integrarían a los grupos mezclándose sin ser detectados. Su estrategia funcionó y los dos niños terminaron el ciclo escolar exitosamente.

Desde ese momento la familia Santizo López inició una fuerte y estrecha relación de amistad y agradecimiento hacia el joven seminarista, amistad que perduró alrededor de 68 años.

Pasaron los años y en 1958 Manuel de Jesús Santizo López contrae matrimonio con Eva Cristina Granados Armas; de ese matrimonio nacen 5 hijos, cuatro de los cuales fueron bautizados por el ya sacerdote Bartolomé Ambrosio. Desde el momento de formar parte de la familia Santizo López nace una gran amistad con el P. Bartolomé Ambrosio, adoptándolo como director espiritual desde ese momento hasta el día en que el P. Ambrosio muere.

La relación amistosa del P. Bartolomé Ambrosio con la familia Santizo Granados fue de suma importancia ya que él dedicó su tiempo y oraciones para salvar nuestro matrimonio, solo los sabios consejos y su infinita fe guiaron a nuestro matrimonio, que en muchos momentos se vio afectado por la infidelidad y hasta el desamor. Nos guió hacia Cursillos de Cristiandad donde el P. Ambrosio participaba orientando a los matrimonios para reencontrar el camino de fe. Siempre nos decía “Pidan el auxilio de la Virgen María, ella les dará todo lo que pidan.”

En 1980, el P. Ambrosio estaba como párroco en la Divina Providencia, en esa fecha me pide apoyo como voluntaria en la Academia del Hogar, dirigido a la capacitación y formación de mujeres que trabajaban como empleadas domésticas y quisieran aprender cocina, corte y confección, pastelería, repostería, tejido. Él sabía que tengo formación como Maestra del Hogar y tenía los conocimientos necesarios para ese fin. Trabajé como

voluntaria todos los fines de semana durante 20 años en esa obra.

Debí dejar la Escuelita, que le llamaban la obra, por estar enferma, con dolores muy fuertes en la espalda; los dolores me persistían aún después de una operación en la columna, la operación me la realizaron para liberar el nervio ciático. Pasaron los años con temporadas de poco dolor; pero diez años después, se me sumó una escoliosis que provocó hernias lumbares. El médico me recomendó una nueva operación sin garantía y no quise correr ese riesgo, por lo que opté por un tratamiento con Oson; estando en ese proceso surge una grave infección de médula y me vi al borde de la muerte. El médico que me atendió, hijo de unos cursillistas, se admiró de que a mi edad hubiera resistido y me hubiera recuperado un año después. De esta última crisis, quedé con constantes dolores de espalda, debilidad de la pierna izquierda y limitaciones en mis movimientos para desplazarme o para cargar objetos.

Un día de exposición del Santísimo en la Parroquia Divina Providencia nos fuimos con mi esposo, a la hora santa. Después de haber terminado los rezos y la adoración del Santísimo, divisé al P. Ambrosio que estaba a un lado del altar rezando el rosario; y como para ese tiempo era difícil conseguir la autorización del párroco para visitarlo por encontrarse muy delicado de salud, aprovechamos con mi esposo y nos acercamos para pedirle su bendición y hacerle saber el cariño que le profesábamos. Dada la bendición le pedí al P. Ambrosio pasara su mano sobre mi espalda para que Dios por su medio me diera salud. El P. Ambrosio accedió y mi esposo sosteniéndole el codo derecho, ya que él no tenía la fuerza necesaria para hacerlo, le ayudó a alzar su mano que pasó sobre el área lumbar. Le agradecí dándole un beso en la frente y nos retiramos del lugar.

Cuando llegamos al automóvil mi esposo me ayudó como siempre a entrar al carro subiéndome las piernas que yo no podía elevar, estando ya adentro le comenté que me sentía mucho mejor. Regresamos a nuestra casa que se encuentra a unos 3 kilómetros de distancia de la Divina Providencia, aproximadamente, mi esposo estacionó el carro. Al entrar a la casa me di cuenta que me había bajado del carro sin la ayuda de mi esposo y el dolor que me aquejaba de día y de noche ya no lo tenía, me puse a llorar de la alegría y le di gracias a Dios por el favor recibido. Meses después en una visita que le hicimos al P. Ambrosio, le conté los resultados de su intervención

y le agradecí por su ayuda. A todo esto el P. Ambrosio no dijo: “No me lo agradezcan a mi sino que a Dios y a la Santísima Virgen.”

Desde entonces no ha vuelto el dolor a mi espalda.



Cáliz utilizado por el P. Bartolomé Ambrosio SDB

FRANCISCO MUÑOZ MATTÁ

He tenido relación con el P. Ambrosio por más de cincuenta años, la relación con mis padres ya era anterior.

Durante una difícil enfermedad me asistió por largo tiempo, tanto en el hospital como en casa.

En el 2012 fui a visitarlo el 14 de agosto –para su cumpleaños- y el sucesivo día 20, en esta ocasión le dije que rogaba al Señor por él –como lo he hecho por muchos años-, él me respondió: “Allá rogaré por usted”.



Santos óleos utilizados por P. Bartolomé Ambrosio SDB
para visitar enfermos

GLADIS JESUSITA CABRERA REYES

Guatemala 22 de agosto 2014

Anécdotas Padre Ambrosio.

- Cuando yo me inicié como Ministra Extraordinaria de la Comunión, el padre Ambrosio me eligió para ayudarlo, ya que por su avanzada edad le costaba subir gradas para ir a reservar el Santísimo Sacramento.

- El fue mi asesor Espiritual y siempre me transmitía mucha paz a través del Sacramento de la Reconciliación.

- En el compartimiento de los sacramentos siempre estuvo dispuesto a llevar la unción de los enfermos sin importar día u hora.

- Era muy dadivoso y compartía el dinero que recibía con los más necesitados.

- En mayo del 2001 mi sobrino se accidentó y estuvo en el intensivo de Traumatología del IGSS. El padre lo visitó, le administró los sacramentos y logró que mi sobrino descansara en paz.

EL PADRE AMBROSIO EN EL RECUERDO DE RODOLFO DE LEÓN MOLINA.

La primera promoción de alumnos del colegio Santa Cecilia, convertido después en don Bosco, egresó en 1950. Uno de sus mejores alumnos, Rodolfo de León, fue contratado para dar clases mientras cursaba sus estudios universitarios. Recuerda que a finales de la década de los años cuarenta, el padre Ambrosio impartía la clase de Literatura. Desde ese entonces, despertó en los jóvenes el amor a las letras y quedó grabada su imagen como un joven sacerdote, que inspiraba mucha confianza y despertaba afecto y admiración por su sencillez y carisma.

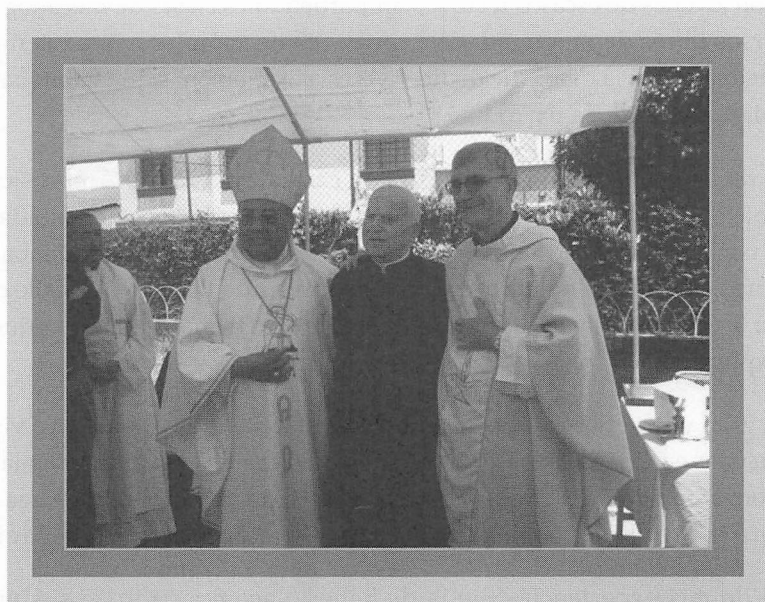
De León Molina nos comparte que le gustaba intercambiar conocimientos con el padre Ambrosio, al grado que intercalar temas económicos con moral y ética, fue cimentando una relación enriquecedora que lo hizo seleccionarlo como su confesor. Hasta la fecha dice que mantiene frescos y vigentes algunos de los sabios consejos que recibió.

Es un secreto a voces el don de consejo que el padre poseía. De esa suerte también De León Molina sacó provecho y con el correr de los años, cuando como un abogado y notario prestigiado y distinguido llegó a ocupar la Presidencia de La Corte Suprema de Justicia y el Organismo Judicial, siguió frecuentando y buscando la sabiduría del padre Ambrosio, encontrando siempre la bondad y hombría de bien que le había conocido seis décadas atrás.

Rodolfo de León es de los antiguos alumnos que siempre está presente en el día de don Bosco y de María Auxiliadora. Cuando la enfermedad hizo mella en el apreciado padre Ambrosio, se acercó a visitarlo, conversar con él y agradecer a Dios haberle permitido convivir muchos momentos personales y familiares con este ícono del auténtico sacerdocio. El día en que el Señor lo llamó a su presencia, lo considera como la partida de este mundo de uno de los grandes de la Iglesia que tanto trabajó por la humanidad y en particular por la familia salesiana.



El P. Ambrosio, en la inauguración del nuevo edificio Centro de Formación Profesional P. Bartolome Ambrosio



Monseñor Oscar Julio Vian sdb, Arzobispo Metropolitano de Guatemala P. Bartolomé Ambrosio y Monseñor Mario Fiandri sdb, Arzobispo de Flores Petén, al finalizar la colocación de la primera piedra del CFP.

CONVIVENCIAS CON EL PADRE BARTOLOME AMBROSIO

22 de agosto 2014

MARÍA DEL CARMEN ARÉVALO PÉREZ (CHIQUI)

DPI 1662 76472 0101

Introducción: El presente trabajo tiene como objeto relatar mis experiencias de vida espiritual al lado de quien en vida fuera mi guía espiritual en mis labores de católica cristiana comprometida.

A partir del inicio de la década de los 80's cuando el padre Bartolomé Ambrosio fuera nombrado Párroco en el Templo Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús fui conociendo de cerca las obras Sociales, de Caridad, y Catequesis, que el Padre Ambrosio realizaba con un ejemplo digno a seguir de bondad, paciencia y amor.

Recuerdo con mucha nostalgia que corría el año 1983 cuando recibí una llamada del Padre Ambrosio quien cariñosamente me llamaba Chiqui, para proponerme me hiciera cargo de la Obra Social de la Parroquia y trabajar así con jóvenes de escasos recursos, impartiendo clases de mecanografía y cursos libres de manualidades, corte y confección y cocina, y también participando en la distribución de víveres a las personas que habitaban en los alrededores de la parroquia.

Una de las obras más significativas de caridad del Padre Ambrosio fue también la de promocionar albergue temporal a personas necesitadas, la cual consistía en darles alojamiento en habitaciones que él alquilaba con ese propósito en un hotelito situado en la Avenida Bolívar y 27 calle de la Zona 3, donde también distribuía alimentos a personas indigentes que así lo requirieran.

Otra gran virtud del Padre Ambrosio era estar atento y dispuesto a visitar a personas enfermas, labor que efectuaba diariamente, llevándoles palabras de consuelo e impartiendo también la Sagrada Comunión, tarea que siempre realizó con entusiasmo, devoción y dedicación.

Otra de mis experiencias fué la de haberlo acompañado en sus viajes frecuentes de apostolado al interior de la república, a pueblecitos donde no existía Párroco fijo, allí el Padre oficiaba misa, confesiones, y comuniones y mi persona participaba impartiendo charlas acerca de pasajes de la biblia

y motivando a los parroquianos a seguir los Caminos del Señor.

También a solicitud de Padre Ambrosio inicié la preparación de niños para la primera Comunión y Jóvenes para la Confirmación.

Otra de mis grandes experiencias con el Padre Ambrosio fue que como les comentaba siempre estaba anuente a servir a sus semejantes, virtud que puso de manifiesto cuando yo siendo voluntaria en el Patronato contra la Mendicidad le solicité oficiara Misa en una de las actividades del Patronato, a lo que no solo accedió gustoso sino que también como iniciativa propia requirió a un grupo de la parroquia colaborara con piñatas, dulces, pasteles, música y entretenimiento, lo que con el tiempo se convirtió en una rutina durante bastantes ocasiones.

También como testimonio de las grandes virtudes del Padre Ambrosio quiero manifestarles que siempre me acompañó en los momentos que más lo necesité, durante la enfermedad que padeciera mi madre, proporcionándome valor y consuelo, por lo que con todo mi corazón quisiera dedicarle la estrofa de una canción inglesa que dice así.

"Cuando no haya quien me comprenda"

"Cuando todo lo que haga pareciera estar equivocado"

"Tu me diste esperanza y consuelo, y valor para seguir adelante"

"Esa es la Maravilla, la Maravilla de T"

MARTA CIFUENTES VDA. DE SALAZAR

Guatemala, Agosto de 2014

Yo Marta Cifuentes de 78 años de edad conocí al Padre Bartolomé Ambrosio en 1967 como párroco de la Divina Providencia por medio del Licenciado Rufino Pardo y su esposa Doña Lolita de Pardo, grandes colaboradores de la Iglesia. Ellos me impulsaron a que trabajara con el Padre con Matrimonios de personas que no tenían ese sacramento y que vivían juntos ya con hijos. Y colaboré en ese sentido por muchos años, después me acerque al Templo del Sagrado Corazón de Jesús por la muerte de mi adorado hijo Edgar Rolando de 28 años de edad, me refugie en la Iglesia y nuevamente me puse a trabajar en ella. El Padre era el Párroco y trabaje con él por muchos años, entonces conocí los dones y carismas que él tenía como la sinceridad, humildad, castidad que es signo de pobreza y el don de sanación. Por mucho tiempo lo acompañé a ver enfermos a pie, muchas veces estos sanaban en una u otra forma pronto, o se levantaban a seguir viviendo o descansaban en paz, iba a los hospitales a la hora que fuera, iba a bautizar niños paraplégicos a los hospitales y sanatorios, nunca lo oí decir no, no puedo, no quiero, todo lo hizo de buena voluntad, lo conocí oficiando 5 misas diarias, como verdadero sacerdote con una homilía agradable y lo conocí toda la vida siguiendo los pasos de San Juan Bosco.

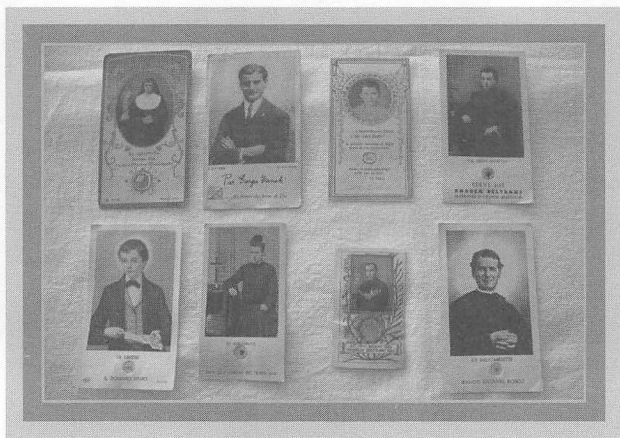
OSCAR G. ORTIZ SÁNCHEZ

East Providence, RI USA

Ortizoscar25@gmail.com

Tener recordaciones de nuestro Padre Ambrosio y su ejemplo de vehemencia y devoción por su ministerio, es uno de esos tesoros que se conservan en un rinconcito muy especial del corazón.

Ciertamente, para nosotros el Padre Bartolomé Ambrosio era muy querido, un sacerdote venerable . Yo tenía 5 ó 6 años cuando le veíamos aproximarse por la calle...Un grito “ahí viene el Padre Ambrosio” y toda la patojera corríamos a su encuentro para saludarlo y caminar con el unas 3 ó 4 cuadras...Algunas veces lo acompañábamos hasta la iglesia. Él con su sombrero negro de clérigo y su sotana bien planchada, sus lentecitos redondos y su maletín de doctor... Todos queríamos llevarlo de la mano pero igual éramos agarrados de su sotana y hasta de su maletín ; Algunas veces éramos pocos y nos daba un dulcito....Casi siempre al despedirnos del padrecito del Guarda ya había otro grupo de patojos esperándolo.... “Un Don Bosco de la cabeza a los pies” En nuestro primer encuentro no le pude hablar.... Pero cuentan que sus palabras fueron “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del hijo...” Y después de más de cuatro décadas durante nuestra última conversación en la sacristía de la Divina Providencia me exhortó a continuar con entusiasmo mi devoción hacía Jesús Nazareno del Desamparo y apoyar a su hermandad.



Reliquias de miembros de la familia salesiana conservadas por el P. Ambrosio

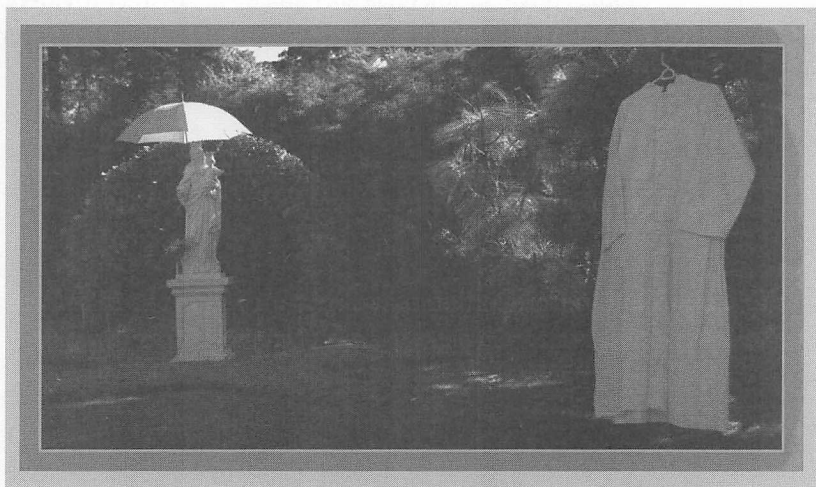
VICTOR ANTONIO CHANG BONILLA Y CONSUELO MUÑOZ

Nos piden recordar al Padre Ambrosio, y es agradable traer a la memoria tan noble persona, siempre tan amable, sonriente, al servicio del pueblo de Dios.

Confesando, asistiendo a los enfermos. A nuestros papás José y María Celia los asistió trayéndoles el Cuerpo del Señor a cada uno por espacio de un año, incluyendo domingos y fiestas, fue en el año 1998 y 2004 respectivamente.

Un sacerdote con quien se podía contar siempre que tuviera tiempo, podría decirse que en él se cumple la palabra, Siervo bueno y fiel a quien su amo lo encuentra despierto y sirviendo a media noche, entra en el gozo de tu Señor.

Con alegría damos este testimonio.



Sotana del Padre B. Ambrosio.

DECLARATORIA DEL SACERDOTE SALESIANO UGO SANTUCCI DE PROSPERO, SDB

Un día el padre Ambrosio me contó: “Yo vivía en el campo, éramos gente de campo, a mis hermanos les gustaba ir al campo a jugar, yo prefería jugar a decir la misa, este lo hacía desde los 8 años, eso sí, siempre pedía la ayuda a mi hermana mayor quien muchas veces se disgustaba pues ella quería otro tipo de juegos mientras yo preparaba el altar y las vestimentas. Un día cuando le pedí que me ayudara ella se molestó tanto que tomó una rama de un árbol bastante gruesa y me pegó en la cabeza, me dijo ya basta, entonces al darme el golpe me empezó a salir sangre, ella como pudo me curó y me pidió que no le dijéramos a nuestros papás bajo el juramento que ella acolitaría todas las misas que yo quisiera, en efecto volvimos a casa y no dijimos nada a nuestros papás y cuando yo quería jugar a celebrar la misa que generalmente era todos los días ella acolitaba”...

Recuerdo que un día un exalumno, de quien no recuerdo su nombre, me contaron que fue en busca del padre Ambrosio para que ayudara a bien morir a su abuelita, efectivamente el padre Ambrosio buscó su acostumbrado maletín donde portaba el viático y se fue con el Exalumno, pasaron los días y este Exalumno encontró a otro Exalumno del colegio Don Bosco y le narró como el padre Ambrosio había auxiliado con los últimos sacramentos a su abuelita, el Exalumno quedó consternado y le dijo que según el día y la hora que le narraba el hecho, ese mismo día y hora el padre Ambrosio había más bien llegado a auxiliar a su abuelita. Por lo antes narrado creo que pudo ser un caso extraordinario de bilocación.

Estando un día en la sacristía y al haber terminado de celebrar la misa recibí una llamada, era una persona que venía de una provincia lejana y que quería casarse el domingo de esa misma semana, yo no supe que decir ni tampoco que hacer, en ese momento llegaba el padre Ambrosio que era el párroco en el Sagrado Corazón, colegio Don Bosco, él tomo la llamada y yo terminaba de quitarme los hábitos pero atento a la conversación, el padre Ambrosio dijo “no tenga pena, venga si no está bautizado el domingo lo bautizo, si como no, si no ha hecho la primera comunión la puede hacer ese mismo día, no tenga pena yo me encargo, entiendo, así que tendrá que recibir también el sacramento de la confirmación, está bien véngase y arreglamos todo para que pueda usted casarse el día domingo como Dios manda. El padre Ambrosio nunca dijo no, no sabía decir no, el sufría si no

ayudaba a las personas, buscaba todos los medios para socorrerlos, nunca negó a nadie, por lo que me consta, el socorro y el auxilio sacramental.

El padre Ambrosio siempre fue muy bueno y adaptado a la idiosincrasia de los guatemaltecos, un día yo tenía que celebrar una misa que él me programó, era la de una quinceañera, cuando vi que la quinceañera no llegaba empecé la misa y casi al final de la misma apareció la mamá y la hija discutiendo, yo siempre he sido muy puntual, celebré la misa y me acerque a decirles que disculparan pero que no podía esperar. El padre Ambrosio les llamó por aparte les hizo un sermoncito les dio la bendición, las animó a no discutir más por cosas que en la vida no tienen mucho sentido, él buscaba siempre como conciliar, eso sí programaba tantas misas como le pidieran y era ahí donde los horarios nos atrapaban a todos, había misas en el altar mayor, en altar de María Auxiliadora, misa en la capilla interna, él programaba misas a más no poder con tal de que todos asistieran, con tal de que las personas pudieran estar cerca de Jesús Sacramentado, era un sacerdote incansable en su misión.

REVERENDO P. GUIDO MAROTTO

Con el padre Ambrosio pase 25 años, acompañándolo a visitar enfermos, en los barrios más humildes, hasta las mansiones de personas adineradas, con él aprendí, que nuestra misión, es, atender a todos pobres y ricos, me costó entender que a los que tienen carro, ¿porqué visitarlos?, y presencié su actitud, como pastor de las almas. En cierta ocasión, al salir del hospital del IGSS, zona 9, a las 11 de la mañana, lo paró un joven de unos 22 años, y le dijo, “Padre me puede confesar aquí”, y él le dijo “sí, sí” ..., me hizo señas para que me adelantara y lo confesó, esto me confirmó la necesidad de que los sacerdotes usen sotana para ser identificados. En otra ocasión, le dieron una dirección en la zona 5, y fuimos hasta el final en una casita de cartón y tablas llenas de humo, encontramos una pareja de ancianos, él muy enfermo y la viejecita cuidándolo, el padre les preguntó “están casados por la iglesia”, y respondieron “no”, “han sido casados con otra pareja?”, “no”, “quieren casarse?”, dijeron “sí, sí”. En el mismo momento los casó, les dio la comunión, la unción de los enfermos, y a los pocos días falleció el anciano. En otra ocasión, a una señora que estaba agonizando, le dio la unción de enfermos y a los pocos días fuimos a verla y estaba perfectamente sana, vivió 3 años más. A una amiga mía, con cáncer terminal, la confesó le dio la unción e igualmente fue curada y vivió un año más. Y así pude presenciar tantas cosas. Todo el recorrido de visitar enfermos, lo hacíamos rezando el rosario.

SILVIA RIVARA

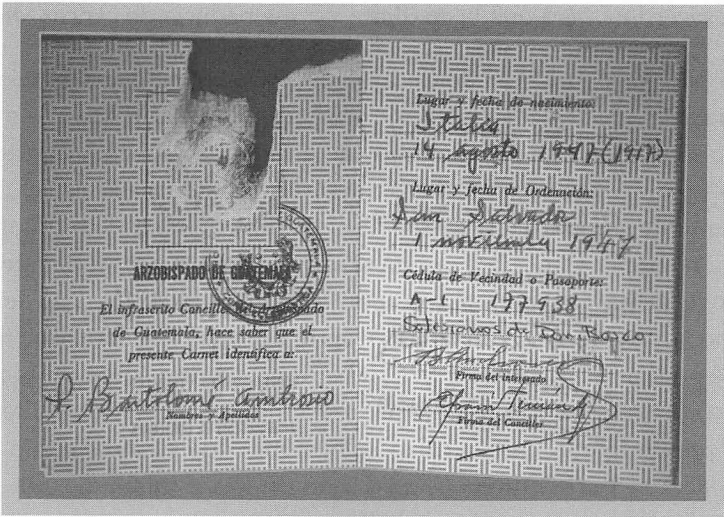
Mis hijos me pedían que anotara todas las experiencias para escribir un libro. El P. Ambrosio, era un verdadero sacerdote, nunca decía no, a nada, siempre estaba dispuesto a servir, no le importaba la hora, ni el lugar, si lo llevaban en carro, en avioneta o en caballo, no se preocupaba por su salud, y era diabético, en cierta ocasión, para que le hicieran un chequeo, tuve que decirle que me acompañara a la liga de la diabetes porque me iba hacer un chequeo, y cuando llegamos le dije ahora aproveche, para que se lo hagan a usted, y, aceptó. Luego conecte a una mi amiga que tiene dinero y ella bondadosamente le pagara las consultas y medicinas. En muchas ocasiones, lo acompañé almorzar a diferentes casas, lo invitaban y yo era su piloto.

Me siento muy feliz de haberlo conocido y frecuentado, porque cuando llegué al colegio, me acababa de separar de mi esposo, y gracias a los cuidados, consejos y apoyo del padre Ambrosio pude sobrevivir y seguir en la lucha y educación de mis hijos, que por cierto son verdaderos Cristianos y Honrados Ciudadanos, Dios ha sido bueno conmigo, yo le decía al padre, como hago para ser santa, y me respondía “con buena voluntad y paciencia”, yo le decía, “quiero que se me pegue algo de lo suyo”. En cierta ocasión, me alteré porque me dijo que cruzara en una calle, y no tenía vía, me paro la policía, y al final nos perdonaron, seguimos nuestras visitas, y cuando lo regresé a su casa, se dio la vuelta a mi ventana y mirándome fijamente, me dijo, “doña Silvia, perdóneme por haberla hecho enojar”, yo casi me desmayo, me sentí cucaracha, cuando vi esos ojos tan preciosos, me pareció ver, los ojos de Jesús, y yo miseria humana, recibiendo disculpas de Dios mismo, le dije: “no padre, no me diga eso, soy yo la que le pido perdón”, él me enseñó tantas cosas, fue una bendición haberlo conocido.

Cuando enfermó, fui a visitarlo algunas veces, la última le tomé las fotos que adjunto, pues estoy segura que usted apreciará verlas. También tengo un manuscrito, con los datos de sus padres, hermanos, en donde fue bautizado, su primera comunión, en donde estudió, y sus experiencias en su sacerdocio, tengo una teca de él, pero, sobre todo la huella impresa en mi corazón y sé que desde el cielo, intercede por mí y mis hijos, nunca se olvidaba de ellos, y también de usted, estoy segura, porque siempre me decía, cuando ya no esté, ojalá haya alguien, que se siente en el confesionario a esperar a las almas, y visitar enfermos, así era El...

Disculpe mi atrevimiento, pero me nació del corazón, contarle algo, de mi experiencia con este Santo Varón.

Con todo respeto.



Licencia Eclesiastica del P. Ambrosio



Archivo de Homilias y Novenas conservadas del P. Ambrosio

ANÉCDOTAS VIVIDAS CON EL PADRE AMBROSIO EUDA MARTA RUIZ VALLADARES

DPI 1629 86203 0101

Por los años 90s se enfermó mi señora madre Euda Valladares, necesitamos de un sacerdote para que la auxiliara ya que padecía de cáncer terminal.

Acudí a la parroquia Sagrado Corazón de Jesús sabiendo que mi hijo había estudiado en el colegio Don Bosco, gracias a Dios el padre Ambrosio asistió a mi madre durante año y medio, se le llamaba y él estaba listo para recogerlo, nunca se negó, ni puso ningún reparo para auxiliarla, llegó el momento de su partida, le avisamos al padre y él llegó 10 minutos antes que mi madre descansara. Por esta razón yo llegué a conocerle muy bien. Al año siguiente me enfrenté con el problema con mi esposo que llegamos a divorciarnos, para mí fue un golpe muy duro, no sabiendo que hacer y en que poderme ocupar para salir del trauma, llamé a varias iglesias pero no encontré eco, me recordé del padre Ambrosio, lo llamé por teléfono y él me preguntó que si tenía carro, le respondí que sí, me invitó a que lo acompañara a dar comuniones los días miércoles, para mí fue una alegría acompañarlo, pero que cada vez lo llevara no solo los miércoles sino otros días, llegó el momento que lo llevaba de lunes a viernes, por las mañanas y por las tardes, él tenía que officiar a las 4 de la tarde, en ese entonces corríamos y él decía: “no se aflija doña Euda porque el semáforo siempre estará en verde para que yo llegue a tiempo”, cuando estaba en rojo me decía: “en la próxima pasamos”, si yo me retrasaba ya me estaba llamando doña Elisita la secretaria de él, que ya el padre me esperaba, así transcurrieron varios años, él solo me decía, vamos a la casa tal, a la zona 1, zona 2, zona 3, zona 5, zona 8, zona 10, zona 14 a hospitales privados, al IGSS, hospitales generales, a él no le importaba de donde lo llamaran, yo le decía padre esa no es su zona, y él me respondía: “no importa, para Dios no hay límites”. Así mismo lo hacía en funerarias. En el camino siempre tomaba su rosario y me pedía que lo acompañara a rezar, si yo le platicaba de algún problema personal su respuesta era PACIENCIA doña Euda todo saldrá bien, me convertí como una secretaria de él, me llamaban de la oficina para preguntarme donde estábamos o avisarme que lo llevara a otro lugar por alguna emergencia. Un sacerdote incansable, nunca lo vi cansado, algunas veces se dormía sobre mí hombro, pero nunca soltó su rosario y se acordaba por dónde íbamos rezando al incorporarse, al avisarle que habíamos llegado a nuestro destino se sentía alegre de haber llegado,

era una alegría de las personas verlo llegar, pero tenía una sabiduría que me decía doña Euda mañana nos llamarán para sus funerales, llegó a casar a muchas parejas ya ancianas que no podían comulgar por no tener ese sacramento. Tuve la dicha de llevarlo y traerlo a sin fin de casas, hospitales, funerarias, asilos, colegios, mercados, y muchos lugares más.

Ciertamente interrumpíamos cuando él se sentía mal o estaba hospitalizado, al visitarlo me decía: “prepárese porque ya pronto estaré bien para visitar a nuestros enfermos”. Algunas veces se retrasaba porque estaba confesando en la iglesia, nunca decía no puedo. Llegó el momento que ya por su estado de salud y edad no le estaba permitido salir. Con su semblante siempre fijo me decía: “tengo que ser obediente a mis superiores”, que eran el padre Romúlo Gallegos y el padre David Panezo. Quienes me tenían confianza para que el padre saliera conmigo, me lo recomendaban mucho, que no se agitara, tuvo sus caídas en la sacristía de la parroquia, por lo cual tenían que trasladarlo a la Parroquia Divina Providencia, me llamaron para acompañarlo a su nuevo hogar, se me salen las lágrimas de recordar que llegué a su dormitorio y ayude al padre Panezo para terminar de arreglar sus valijas, lo llevé a mi carro y me dijo: “doña Euda recemos el último rosario porque ya no podre salir, no llore hay que aceptar la voluntad de Dios”, al llegar a la Divina Providencia ya estaba listo su cuarto, su enfermero y el personal que estaría a cargo de él. Lo visité muchas veces y siempre con amabilidad me recibía y me decía: “aquí estoy para hacer la voluntad de Dios y recuerde ánimo y paciencia, sigamos adelante”. Yo se que para mí y otras personas más ha sido un Santo en la tierra. Estuve a su servicio doce años y a él le agradezco haber sido Ministro Extraordinario de la Comunión y haberlo asistido en muchas misas por no haber quien lo ayudara, ya que nunca se negó a officiar. Un sacerdote que nunca se quitó la Sotana. Si lo invitábamos a desayunar los Ministros, el muy gozoso nos acompañaba y si lo invitaban otras personas ya fuera a desayunar, almorzar o refaccionar, me pedía que lo llevara y lo acompañara. Deseo de todo corazón que estas anécdotas sirvan para recordar eternamente al Padre Ambrosio.

PADRE BARTOLOMÉ AMBROSIO, SDB MARTHA JANE MELVILLE NOVELLA

Antes de iniciar los relatos acerca de algunas de las experiencias cercanas de Santidad que tuve la suerte de tener en mi contacto con el Padre Bartolomé Ambrosio sdb, siento que es necesario situar y encuadrar la historia de mi familia, para entender la cercanía, la confianza, el aprecio y la veneración por este hombre de Dios.

Mi familia por parte de mi mamá proviene de Italia, concretamente mi abuelito vino como inmigrante a Guatemala, pero antes de eso, una de las experiencias más enriquecedoras en su vida fue precisamente su Primera Comunión, no simplemente por el hecho de recibir por primera vez a Jesús Eucaristía, con la ilusión que pudo haberla recibido cualquier niño a finales del siglo XIX, sino por una persona muy especial , un Santo , el llamado Santo de los jóvenes y de los niños, San Juan Bosco fundador de la Congregación Salesiana. En efecto fue el Padre Juan Bosco el que a principios de la década de 1880, le dio a él, al niño Carlos Federico Novella, el regalo más maravilloso que un niño y sobre todo un católico pueda recibir, a saber, el Sacramento Eucarístico. Es más, como prueba de ello existe una foto de “Don Bosco” con todos los niños que en aquella ocasión tuvieron la suerte y la gracia de recibir la Eucaristía de manos del mismo Santo.

A los dos años de edad mi abuelo Carlos Federico se desplazó a Italia y de adulto regresó a Guatemala, donde inicio una empresa que gracias a Dios, hasta la fecha ha sido referente en la región.

Por supuesto una de sus principales tareas fue buscar a aquellos Padres que habían sido fundados por el Padre Bosco y encontró al P. Sicker, un salesiano venido de Italia, con fuerte carácter y un gran emprendedor, al instante este salesiano se fue haciendo referente en la familia, al punto que llegaba a almorzar a la casa en la zona 6 de la capital los días domingos.

Pero la historia no termina acá, pues el Padre Sicker, se hacia acompañar de un joven Sacerdote, también procedente de Italia, que todo lo contrario a su Superior, era un joven callado, sencillo y transparentaba en su forma de ser una gran serenidad y una profunda vida interior, en efecto este joven era el P. Bartolomé Ambrosio.

De esta forma el Padre Ambrosio se fue insertando en la vida y el quehacer

de la fe de la familia, se ganó el respeto, el cariño y la admiración de todos.

Como una primera anécdota, decían algunos salesianos (en broma) que con solo acompañar y colaborar tan cercanamente con el P. Sicker, el Padre Ambrosio ya se había ganado el cielo, pues el carácter y la fuerte personalidad de P. Sicker a nadie dejaba indiferente y era muy difícil ejercer la virtud de la caridad para con ciertas de sus actitudes.

Concretamente el Padre Ambrosio fue para mí un referente, su dulzura y caridad cristiana motivaba a cualquiera para acercarse al Sacramento de la Reconciliación. Fue mi confesor hasta que ya no pudo más salir de su comunidad, pues las fuerzas físicas ya no se lo permitieron, aunque él hubiese querido seguir adelante con su vida cotidiana, pues la fuerza espiritual que poseía era admirable, incluso estando ya en silla de ruedas, confesaba y pasaba mucho tiempo alabando al Santísimo.

Como ya he dicho él era mi confesor y director espiritual, y venía a mi casa todos los viernes a distribuir la comunión para todos los que la deseaban y además aprovechaban para confesarse con él (choferes, seguridad, personal de limpieza, cocina, etc.) y almorzaba aquí. Pero no solamente venía a mi casa, sino que aprovechaba e iba a ver a otras personas, enfermos, ancianos, etc., que él sabía que necesitaban de su ayuda, algo muy loable es que para él no existían en su trato y en su celo pastoral las diferencias de raza, color y menos condición social, todos absolutamente todos son Hijos de Dios, decía...

Por otro lado fue siempre un sacerdote que jamás supo decir no, porque parafraseando alguna frase del Evangelio "El celo por la Casa de Dios lo consumía". Así pues siempre hizo vida en su vida el "Voy yo" de Don Bosco.

Cuando se le iba a buscar ya sea para confesarse en la Parroquia o para que fuera a asistir a un enfermo al hospital o a su casa, no importando la hora, siempre decía "Espere un momento y nos encontramos en la puerta de la iglesia", lo mismo para las Misas, en fin tenía un hambre de Dios, que quería que todos la tuviéramos y nos saciáramos de El con su ayuda pues él era su ministro.

Jamás cobró un estipendio por la misa (pues no tiene precio decía), sino que siempre aceptaba una ofrenda de acuerdo con las posibilidades de las personas.

Cualquier persona que llegaba a pedirle ayuda incluso económica, él se la proporcionaba, aunque fuera un poquito, pero para comprar algo de comida le servirá les decía.

Su vida transcurría entre la misericordia y el amor de Dios, y le faltaban horas a sus días para hacer todo lo que hubiese querido, propagar el anuncio del Reino a todos los que se acercaban a él.

Tanto así que también en broma y en serio decían los padres y hermanos de Congregación que ante el Padre Ambrosio había que hincarse y hacer genuflexión, no por él, sino porque siempre llevaba una Teca con el Santísimo, para no perder tiempo cuando se le pedía.

Yo puedo dar testimonio de esta santidad, porque la experimenté en mi vida cuando me confesaba, me daba la comunión, me daba el consejo oportuno, y jamás me pidió un centavo, pues su gozo y recompensa era hacer el trabajo que Dios le había encomendado.

En fin, el Padre Ambrosio encarnó en su vida los deseos del actual Papa Francisco para todos los creyentes, **salir a las periferias del mundo, de las ciudades y llevar y encontrar a Cristo en las personas en esas comunidades.**

Ciertamente el Padre Ambrosio es un Santo de nuestro tiempo, aquel que sin más aspavientos que su testimonio, cuestiona, convence y arrasa e invita a creer en Dios, con su propia vida hacía palpable y visible que si se puede ser cristiano, católico y que ciertamente vale la pena.

El Padre Bartolomé Ambrosio es un Santo de todos los días, de nuestros días y tuvimos la gran bendición de compartir con él y experimentar a Dios a través de su vida y su palabra.

A N É C D O T A S DEL PADRE AMBROSIO. POR FRANCISCO BALLESTEROS -SDB-

A la visita de enfermos desde antes de ser sacerdote se adicionó el confesonario luego de ordenado, gestos humanitarios que identificaron al padre Ambrosio toda su vida. Amigo de ricos y pobres siempre fue muy querido por su don de gentes. Amable, sonriente y puntual, lo vimos movilizarse en avioneta, helicóptero, carro, a caballo, a pie, lo cierto es que nunca dejó de llevar el cuerpo y la palabra de Cristo adonde lo requerían. Convencido de la fuerza de la oración, acostumbraba hacerlo a título personal y comunitario, iniciando y concluyendo sus plegarias con sendas jaculatorias a María Auxiliadora y a don Bosco.

En las diferentes casas salesianas que sirvió, dejó gratos recuerdos por el aroma de santidad que expelía. Por su labor pastoral tenía mucho arraigo entre los sacerdotes no sólo salesianos. ¿Quién no lo recuerda jugando y compartiendo en el patio durante los recreos? Era emocionante ver aquella pléyade de niños tratando de tocar aunque fuera su sotana. Y con el paso del tiempo fue enriquecedor ver como lo buscaron sus exalumnos, algunos de mucho éxito económico, otros destacados profesionales, religiosos y de toda índole, para agradecerle la formación de aquellos años en el colegio Santa Cecilia y luego en el inicio del don Bosco.

Fue recipiendario de muchos homenajes, los que recibió siempre con humildad y sencillez. Recuerdo cuando lo vimos bendecir su estatua durante la inauguración del Centro de Formación Profesional, que los antiguos alumnos bautizaron con el nombre de padre Bartolomé Ambrosio. Viene a mi mente también aquella ocasión en que por su honradez y credibilidad, le solicitaron entregar bajo el puente del Trébol, un rescate que pedían los guerrilleros. El Padre, llegada la hora, tomó su maletín y salió de la Divina Providencia. Al llegar a la puerta del templo se encontró con una pareja de personas sencillas que pedía el bautismo para su hijo que estaba a punto de muerte. Entonces con toda sencillez regresó y bautizó al infante. Posteriormente se fue al punto donde debía entregar el dinero y ya no encontró a los sujetos. Regresó a la Parroquia y recibió un telefonema preguntándole que había sucedido. Les contó el caso del niño y se pactó otra fecha y lugar para la citada operación.

Una noche de sábado estuvimos confesando hasta las dos de la madrugada en un retiro de carismáticos. Cuando nos llevaron de regreso al Colegio me dijo que rezaríamos un rosario. Lo cierto que fue un rezo eterno pues

él estaba tan cansado que se dormía constantemente.

Creo firmemente que su cuerpo estaba físicamente en este mundo, pero su corazón vivía de una forma tan espiritual como alguien que está en el cielo. Una persona extraordinaria como Juan XXIII, Juan Pablo segundo o la Madre Teresa.

Si yo fuera Papa canonizaría de inmediato al Padre Ambrosio. Bastaba verlo rezar el rosario, la novena de María Auxiliadora, celebrar la eucaristía o en la adoración con el santísimo Sacramento, para entender realmente cómo se conectaba con Dios.

Admiro realmente la vida del padre Ambrosio. Qué daría yo por tener algo de la generosidad, entrega infatigable con que él miraba el mundo. Un auténtico valor humano y ejemplo para todo salesiano. Fue un regalo de Dios compartir tanto con él.

RECUERDOS DEL PADRE AMBROSIO ISABEL BOTRÁN

Escribo estas letras suplicando al Espíritu Santo me ilumine para poder recordar fielmente toda la riqueza espiritual que recibí del Santo Sacerdote Bartolomé Ambrosio Riveris.

Conocer al Padre Ambrosio hace cuatro décadas fue un regalo de Dios. Mi confesor, paño de lágrimas, consejero y amigo. El hombre que dedicó su vida a servir a los demás.

Siempre sereno y predicando con el ejemplo, era de pocas palabras, amable, cordial y con gran aceptación en todos los ambientes. Adonde fuera encontraba conocidos, y con una memoria privilegiada, recordaba donde los había conocido; e incluso preguntaba por algún familiar. Recuerdo, cuando se acercaban sus bodas de oro sacerdotales, insistí en obsequiarle un traje negro. Fuimos al sastre y al nada más ver al padre le preguntó si se recordaba que él lo había casado. El padre sonriendo le dijo ! claro! Y también bautice a tus tres hijos, ¿como está la familia?.

En el mes de octubre se tiene la devoción a la Santísima Virgen del Rosario y la Basílica de Santo Domingo es muy visitada, al padre le gustaba ir, yo lo acompañe sobre todo cuando era muy mayor. Esta visita teníamos que hacerla sin prisa, porque desde el atrio saludos, gente pidiendo su bendición, etc. No lo dejaban rezar en paz. Recuerdo que en una ocasión una señora en silla de ruedas lo alcanzó para pedirle su bendición.

Su vida transcurrió celebrando misas y confesando. Hubo veces en que interrumpía la confesión para ir a repartir la comunión, pero rápido regresaba sin importarle la hora y el tiempo para ingerir sus alimentos. Nunca se negó a visitar a algún enfermo y se preocupaba por el estado de su salud. Por su sentido de colaboración se le llamaba el párroco de la capital.

Bendijo infinidad de casas, vehículos y negocios. Algunas personas le daban obsequios a manera de agradecimiento los cuales recibía muy agradecido, pero los donaba para socorrer a otros que los necesitaban. Nunca pedía nada para él, la gente le regalaba cosas bonitas, pero estas casi nunca se las quedaba él, se las daba a sus otros hermanos en la comunidad. En una ocasión le regalaron un carro para que se transportara y pudiera hacer más cómodo sus visitas a enfermos, ya que muchas de las visitas las hacía a pie, con su maletita bajo el brazo. Este carro él generosamente lo donó a la comunidad.

Se entristecía y preocupaba por el sufrimiento de los demás, tratando siempre de ayudarlos en la solución de sus problemas.

Cuando iba al hospital Roosevelt a visitar enfermos siempre iba por uno pero muchos le pedían pasar a ver a su enfermo. Él se apenaba por causarle disgusto al superior porque regresaba tarde.

Los últimos tres años de su vida en la parroquia La Divina Providencia, estuvo en silla de ruedas, porque casi no podía caminar. Pasaba largos ratos frente al sagrario y allí confesaba a todo aquel que se lo pedía. Daba consejos a las personas y también rezaba el rosario. Durante este tiempo nunca escuché de él ninguna palabra de aburrimiento o cansancio, por el contrario siempre decía que todos eran muy buenos y que lo atendían muy bien.

A los 75 años le diagnosticaron diabetes. Durante una semana santa trabajando en un pueblo se sintió mal, yo fui por él y lo llevé al médico, después me lo traje a mi casa para poder atenderlo mejor. El médico le hizo exámenes y el diagnóstico fue diabetes, le recetó medicinas de por vida las cuales siempre tomó obedientemente, incluyendo los remedios naturales que la gente le llevaba y decía que le caían muy bien.

No puedo dejar de mencionar los casi 40 años de acompañamiento en mi vida familiar. El bautizó de mis cuatro hijos, les dio la primera comunión y casó a alguno de ellos. Tuve la suerte que bautizó a algunos de mis nietos, al último de ellos se le llamó José Adrián Bartolomé en su honor.

En mi casa tengo una capillita en la cual mensualmente el Padre Ambrosio, me hacía favor de celebrar misa, después almorzaba con nosotros. En los últimos años trasladaron a Guatemala al sacerdote Gabelo Murillo, un gran amigo que conocí por el Padre Ambrosio. Nos encantaba charlar los tres un ratito después del almuerzo. Esto fue ya en sus últimos años porque cuando él no estaba enfermo, terminando de comer se despedía para seguir con su interminable labor. Una de las últimas veces que nos reunimos los tres dijo: ¡Que alegría, los tres juntos en la tierra, y después estaremos los tres juntos en el cielo!

El día que él regresó a La Casa del Padre sentí una infinita tristeza, pero también pensé que ya era justo y necesario que descansara. Muchas veces que por el cansancio se quedaba dormido durante el día, le decíamos Padre descanse un ratito y siempre contestaba, descansaremos en el cielo.

MEMORIA TESTIMONIO SOBRE EL PADRE BARTOLOMÉ AMBROSIO P. ERNALDO MORALES

1.- Conozco al P. Ambrosio desde el año 1951 con ocasión del Retiro Anual de los Salesianos en el Colegio Santa Cecilia de Santa Tecla, cuando joven sacerdote trabajaba con el Padre Emmanuel Sicker en la Parroquia La Divina Providencia de la ciudad de Guatemala. Yo era entonces aspirante de Ayagualo.

2.- Para los que hemos tratado de cerca al Padre Ambrosio por razón del Ministerio Pastoral que desempeñaba, damos fe que reflejaba siempre gran paz y serenidad, lo que es propio de las personas santas.

3.- Él fue mi confesor los últimos años de su vida y me atendió siempre con mucha paciencia y bondad, animándonos a seguir adelante con fidelidad y entrega a los jóvenes.

4.- Jamás lo vi alterarse en su modo de ser: siempre amable y en actitud de escucha para todo lo que quisiera expresarle.

5.- Entre todas las virtudes practicadas por el Padre Ambrosio, para mí sobresalen dos: Su caridad con todos sin distinción de persona, y su gran humildad. Siempre dispuesto a la obediencia y a complacer a quienes requerían de sus servicios.

Nosotros hablando familiarmente de sus tareas sacerdotales le decíamos "Padre Ambrosio", "usted es el párroco sin fronteras. Viendo la gran entrega hacia todos. Y el solo sonreía. El Padre Ambrosio practicaba lo de San Juan Bosco: En el servicio a las almas, voy hasta la temeridad."

Su misión eran las almas. De ahí su gran disponibilidad.

Ha sabido renunciar a todo tipo de entretención, fuera cine o televisión.

Nunca usó teléfono celular, ni radio. Su preocupación constante eran las confesiones y visita a los enfermos.

Para él no había distancia que no pudiera recorrer. Multiplicaba el tiempo con tal de atender a los enfermos administrándoles los Santos Sacramentos con mucha caridad y paciencia como si solo eso tuviera que hacer, jamás habló mal de nadie y trataba de excusar los defectos de los demás. Esperamos que la Iglesia, un día no lejano, lo declare santo, para gloria de Dios. Así sea.

EL PADRE BARTOLOMÉ AMBROSIO

Por Hugo Botrán

Conocí al padre Ambrosio toda mi vida. Mi papá estudio en el colegio Santa Cecilia y ahí conoció al padre, después mantuvo amistad y una relación especial con él y con los Salesianos y sus obras hasta el día de hoy, por esa razón toda nuestra familia ha estado muy cerca de ellos siempre.

El padre Ambrosio me bautizó en 1971 en la iglesia de La Divina Providencia, más conocida como el Guarda, bautizó a mis hermanos y a mi hermana en la misma iglesia. El padre estuvo ahí por muchos años.

La relación del padre con mi familia era muy cercana, todas las Navidades llegaba a nuestra casa con los demás padres de la comunidad. El padre además de bautizarnos a mí y a mis hermanos nos dio la primera comunión y estuvo pendiente que hiciéramos la confirmación. Nosotros sentíamos al padre como parte de nuestra familia y él tenía un cariño especial por nosotros.

Al recordarlo lo primero que se me viene a la mente es la amabilidad con que recibía a quien fuera a buscarlo, no importaba el día o la hora que fuera, si uno lo necesitaba y él estaba en la iglesia o en la casa lo atendía con la buena disposición. Esto fue siempre y hasta que tuvo fuerza para hacerlo. Ya en su silla de ruedas se daba a la tarea de confesar a quien se lo pidiera, recuerdo una frase con la que contestaba cuando alguien le sugería que descansara un poco, él decía “tendremos tiempo para descansar cuando estemos en el cielo”.

Cuando celebraba misa en alguna ocasión especial en nuestra familia, después de dar la bendición de María Auxiliadora decía “Pueden ir en paz para amar y servir a Dios en sana y santa alegría”.

Recuerdo sus consejos durante las diferentes etapas de mi vida desde que era niño hasta que fui padre de familia y me decía, sea un buen hijo, obedezca siempre a sus padres, de un buen ejemplo a sus hermanos, sea un ejemplo en su casa para su esposa y su hija.

Mencionaba el ejemplo de Santo Domingo Savio “Antes morir que pecar”.

Cuando uno le pedía consejo con algún problema o alguna pena él la tomaba como propia y buscaba la manera de interceder, de dar un buen consejo o hacer algo para ayudar.

Entre los rasgos de su personalidad que puedo destacar estaba la

humildad ante todo, nunca buscó sobresalir ni ponerse delante de nadie, nunca le vi un mal gesto ni una mala contestación para nadie.

Otro rasgo fue su vocación de servicio, el ayudaba a quien podía, ya fuera confesándolo, visitando a un enfermo, celebrando una misa, bendiciendo un negocio. Si alguien lo llamaba estaba dispuesto a ayudar no importándole a donde tuviera que ir o quien se lo pidiera, podía ser una persona muy importante o un humilde vecino que requería su ayuda, siempre estaba ahí.

Otra característica era su manera de actuar, de hablar y de ser, siempre de buena fe, con sinceridad y sencillez, nunca pensaba mal de alguna persona y siempre buscaba que se le diera una oportunidad de cambiar a las personas.

Su desapego por las cosas materiales era ejemplar, anteponía las necesidades de los demás a las de él mismo. Cosas tan simples como cuando alguien por agradecimiento o por cariño le hacía un regalo, lo agradecía sinceramente, pero si no lo necesitaba buscaba alguien que si lo necesitara y se lo daba. Cuando murió en su habitación había muy pocas pertenencias, lo básico para vestir, sus libros de oraciones y alguna otra cosa mínima.

Siempre fue muy meditado, respetuoso y prudente. Un ejemplo de su medida era la comida, aunque algo le gustara mucho no repetía, supongo que era una manera de ejercicio de la medida.

El padre Ambrosio se ganó el respeto y la admiración de todos quienes tuvimos la suerte de conocerlo. El decidió dedicar su vida al servicio de Dios y su prójimo, a través de la congregación de los Salesianos, trabajando incansablemente en las parroquias, colegios y oratorios.

Su vida entera era un constante testimonio, solo con verlo uno podía saber qué hacer para ser santo, amar a todos sin límites, trabajar hasta el agotamiento, ser humilde y actuar mesuradamente en todos los aspectos de su vida.

Su amor a la Santísima Virgen era especial, siempre recomendaba encomendarse a María Auxiliadora.

Los que conocimos al padre Ambrosio y oímos sus predicas recordamos que eran cortas, en palabras sencilla pero muy al grano, el mensaje era claro sean buenos cristianos, amen a Dios y a su santísima madre la Virgen, sean buenos y ejemplares con su familia y su prójimo, ayuden a los que

puedan y sean caritativos y agradecidos.

No creo equivocarme al pensar que ya está merecidamente en el cielo, después de haber vivido una vida de trabajo ejemplar para todos. Un sacerdote consagrado a vivir una vida de servicio a Dios y a su prójimo de acuerdo con las enseñanzas de san Juan Bosco.

UNAS DE MIS TANTAS VIVENCIAS CON EL PADRE, SDB BARTOLOME AMBROSIO

Siendo niño, a finales de la década de los años 40 del siglo pasado, mi madre y yo soñábamos con que algún día se me concediera el privilegio de ser alumno del Colegio Don Bosco, establecimiento educativo que en ese tiempo se llamaba "Santa Cecilia".

Por nuestras limitaciones económicas, esa aspiración no pasaba por ser más que eso, un sueño. Sin embargo, Dios, que conoce las intenciones de nuestro corazón, hizo que un dichoso día, ese sueño se convirtiera en una hermosa realidad.

Mi madre, a finales del año 1948 se entero por medio de una vecina, que los salesianos tenían un anexo, prácticamente dentro de las mismas instalaciones del colegio.

Sin pensarlo mucho, una mañana se encaminó a la dirección del colegio donde le informaron que si era posible mi inscripción, pagando la módica cantidad de cincuenta centavitos de quetzal mensualmente.

En ese tiempo, el ciclo escolar principiaba el 15 de mayo, clausurándose en los primeros días de febrero del siguiente año.

El director del anexo era señor Daniel Bolaños -una persona muy estricta- muy semejante al padre José Da Ros, director del colegio. Ambos infundían mucho respeto. Ambas personalidades contrarestaban enormemente con la dulzura y amabilidad de futuro sacerdote, Bartolomé Ambrosio.

Habiendome simpatizado desde que lo conocí, cada vez que nos encontrábamos, ya fuera durante el recreo o adentro del templo que existía en ese tiempo, yo le abordaba para consultarle algo o simplemente para charlar con él.

Al final del templo, casi a la salida, se encontraba y aun sigue estando ahí, solo que actualmente en el nuevo templo, un cuadro de la "SANTA FAZ". A mi particularmente, me inquietaba ver una cabeza de Jesús coronada de espinas, la verdad, me parecía algo sin sentido. No me explicaba como a alguien se le había ocurrido pintar algo así. Cada oportunidad que tenía, más por curiosidad que por otra razón, me paraba frente a ella para contemplarla. Un día, el padre Ambrosio me sorprendió en dicha actitud, preguntandome: ¿QUÉ MIRAS?-

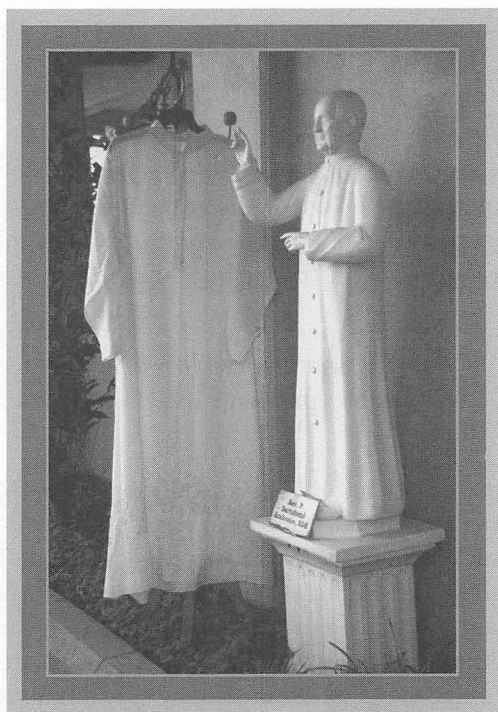
Respondiendo yo -inmediatamente- que la cabeza de Jesús, qué a partir de

a partir de entoces y, de acuerdo con su explicación, nacería en mí la devoción a la "SANTA FAZ".

En la actualidad, cuando voy a misa o, únicamente a rezar al templo, después de compartir un buen tiempo con Jesús Sacramentado y con mi madre del cielo: María Auxiliadora, por cierto, dos devociones que en gran parte también se las debo a él, me encamino hacia el lugar donde se encuentra el cuadro de la "SANTA FAZ" y elevo una oración al cielo pidiéndole a Jesús -más por mí, que por él- pues mi corazón me dice que el padre Ambrosio, actualmente se encuentra junto a María Auxiliadora y don Bosco, en el cielo, alabando a Dios e intercediendo por todos los que en este mundo tenemos el privilegio de considerarnos salesianos,

Pedro Morales Lemus

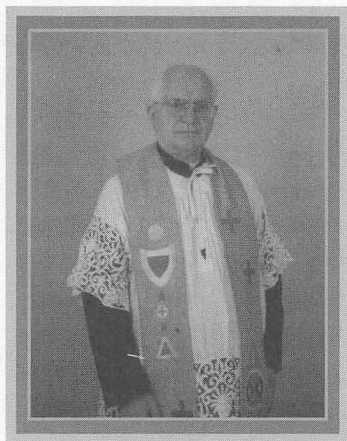
DPI 2324 10259 0101



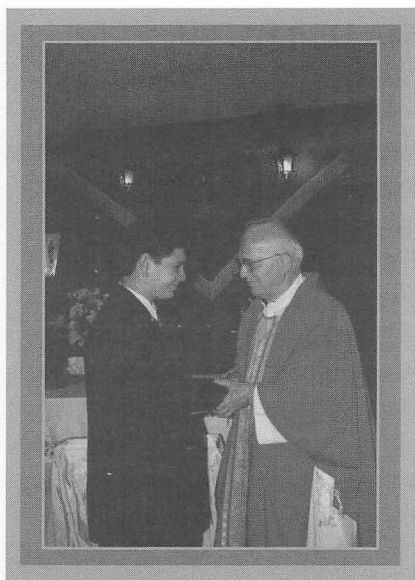
Alba utilizada por P. Bartolomé Ambrosio SDB

CARTA MORTUORIA DEL PADRE P. BARTOLOMÉ AMBROSIO

Decir: “Padre Ambrosio”, en Guatemala, es hablar de un sacerdote salesiano legendario, fuera de serie, que entregó totalmente su vida al servicio de todos especialmente de los más necesitados. Por eso el día de su funeral, el 24 de agosto de 2012, había tantas personas, que de alguna u otra forma habían sido favorecidas por el santo sacerdote, que comentaban: “ Él me bautizó. Él casó a mis papás. Él ayudó a bien morir a mi abuelita. Yo me confesaba con él...Era un santo.”



El Padre Bartolomé Ambrosio nació en Italia en el año 1917; desde muy joven llegó como misionero a Centroamérica; para pertenecer a la Congregación Salesiana, ingresó en el noviciado, de Ayagualo, pueblo de El Salvador. Allí mismo concluyó sus tres años de Filosofía y luego llegó a Guatemala al Colegio Salesiano “Santa Cecilia” (hoy llamado “Colegio Salesiano Don Bosco”), para realizar sus prácticas de magisterio durante tres años. Luego volvió a El Salvador, al Instituto Internacional Don Rúa en donde concluyó su carrera sacerdotal y fue ordenado sacerdote en el año 1947. Fue ese mismo año en que llegó a Guatemala para quedarse para siempre en esta nación, que fue su segunda patria. Estuvo dos años en el Colegio Santa Cecilia, luego pasó a la Parroquia La Divina Providencia. Con el recordado Padre Manuel Sícker, levantaron la enorme y bella iglesia de la Divina Providencia en la que trabajó durante 30 años, primero como vicepárroco, y luego, como párroco. Lo trasladaron después al Santuario del Sagrado Corazón (Colegio Salesiano Don Bosco) en donde va a trabajar durante otros 30 años. Al final de su vida, le indicó al Superior que le gustaría concluir sus últimos días en la parroquia La Divina Providencia. Y así fue. Después de casi cinco años, falleció en esta parroquia el día 22 de agosto, a las cuatro de la tarde, del año 2012. Su muerte fue por deficiencia cardíaca, debido a su ancianidad: hacía ocho días, el 14 de agosto, acababa de cumplir 95 años. Todavía pudo asistir, en silla de ruedas, a la misa que le ofrecieron. El sacerdote celebrante le tuvo que sostener la mano para que diera su última bendición a la feligresía.



Conocí al Padre Ambrosio, cuando yo tenía seis años; llevaba de la mano a mi hermano René Estrada (+), quien también fue sacerdote. El señor Ambrosio, seminarista en ese tiempo, nos recibió con una sonrisa y su gran amabilidad. Eso de la sonrisa y de la amabilidad lo recuerdo porque fue una característica propia del P. Ambrosio, que nunca perdió en toda su vida. Los alumnos y la gente lo llamaba, al principio: "El padre bueno". Más tarde lo van a llamar: "El padre santo ". En los muchos años que lo conocí, no recuerdo haberlo visto estresado, impaciente.

Dice Jesús: "No se turbe el corazón de ustedes, crean en Dios, crean en mí". El Padre Ambrosio vivía siempre en la presencia de Dios; de allí esa serenidad y calma que siempre mostraba.

La Virgen María, al ángel, que le anunciaba su concepción virginal, aunque presentía los problemas que eso le acarrearía con su novio José y sus padres, respondió: "Hágase en mí según tu palabra". El Padre Ambrosio, como la Virgen María, fue el hombre del sí en todo a Dios y a los demás. Su frase favorita era: "¿En qué le puedo servir?". Sirvió radicalmente a Dios y los demás con una entrega admirable. Sobre todo a los enfermos, a los afligidos. Él atendía a todos a cualquier hora, en cualquier circunstancia. Adonde llegaba el P. Ambrosio se sentía "olor a Cristo". En sus últimos días todavía atendía y confesaba a las personas en su silla de ruedas. Parecía algo sencillo lo que hacía; pero esa disponibilidad constante y en todo momento, implicaba mucho sacrificio, renuncia a tantas otras cosas. No era hombre de cine, ni de televisión. En sus últimos años, los enfermeros lo llevaban a la televisión; porque los mismos enfermeros querían ver algún programa; pero el P. Ambrosio se dormía frente al televisor. Nunca aprendió a manejar una computadora, ni un radio, ni un teléfono celular. Su misión eran las almas, y, radicalmente a ellas se había entregado; no le quedaba tiempo para otras cosas.

En el Padre Ambrosio se adivinaba una inocencia de niño. Jesús dijo:

“Tienen que volver a ser como niños “. Esa niñez espiritual de la que habla Jesús, era lo normal en el Padre Ambrosio. Nunca pensaba mal de nadie; no sospecha que los otros le quisieran jugar una mala partida. Su inocencia de mente y de corazón se transportaba en su manera de hablar, de tratar a la gente, de reírse, de bromear. Siempre encontraba una excusa para no juzgar mal a los demás. Sus bromas eran ingeniosas, y al mismo tiempo, inocentes.

Algunos amigos le regalaban cosas muy valiosas. Él ni cuenta se daba de eso: se quedaba sólo con lo indispensable; lo demás lo regalaba a otras personas. En su cuarto había muy pocas cosas: lo necesario, nada más. Iba y venía siempre con su infaltable sotana negra. Conseguía ayudas para otros; para él nunca pedía nada. Decía con sencillez que no necesitaba nada. Un día tenía que viajar a Europa con otro compañero; el acompañante le proponía ir a uno u otro lugar; él a todo decía: “Muy bien”. Sólo pensaba en el gozo del otro. Era otra de sus bellas cualidades: buscar que el otro se sintiera bien.

Para todos nosotros el Padre Ambrosio era como un Don Bosco a nuestro lado. La bondad de Don Bosco, su espíritu de oración, su trabajo incansable, su templanza, su inocencia, su afabilidad, su amor al Papa y a los superiores eran en él lo más normal. Para nosotros era un retrato de Don Bosco: lo que el Salesiano debe ser. Un joven le comunicó al director de un Colegio Salesiano que quería ser sacerdote. El salesiano le preguntó qué era lo que lo había inducido a escoger ser sacerdote. El joven contestó que ver al P. Ambrosio era lo que lo movía a ser sacerdote. El P. Ambrosio en su vivir ponía en práctica el Sistema Preventivo de Don Bosco. Educaba con su estilo de vida.

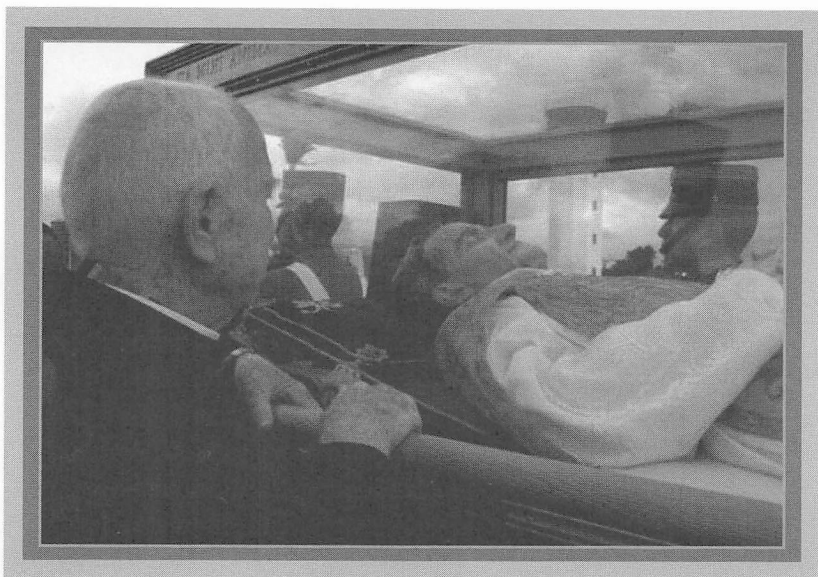
El P. Ambrosio murió el 22 de agosto, día de la Virgen María Reina. Fue enterrado en el día 24 del mismo mes, conmemoración de María Auxiliadora. Vimos en esto un signo de predilección de la Virgen María por su hijo tan devoto, que siempre andaba impartiendo la bendición de María Auxiliadora, distribuyendo estampitas de la Virgen, rezando el rosario, hablando con sencillez de la Madre del Cielo, celebrando con gozo sus fiestas.

La Misa, que celebraba el Padre Ambrosio, era lo más normal y corriente.

No era gran predicador; pero lo que la gente percibía en su misa era un hálito de la unción del Espíritu Santo, que todos buscaban y encontraban en el santo sacerdote. El P. Ambrosio, en su sencillez, ni siquiera sospechaba que era un santo. Yo estaba presente un día que unos sacerdotes, en son de broma, le preguntaron que cómo se hacía para ser santo como él. El P. Ambrosio, en su ingenuidad, ni siquiera se dio cuenta de la broma, y contestó: “Poquito a poco”.

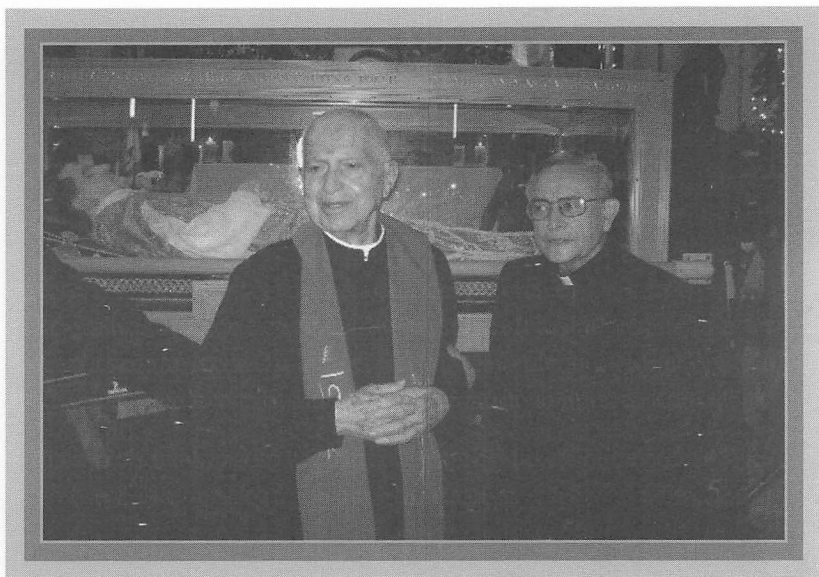
Dice la Carta a los Hebreos: “Acuérdense de sus dirigentes que les comunicaron la Palabra de Dios. Consideren cuál fue el resultado de su estilo de vida e imiten su fe” (Hb 13,7). Para todos nosotros el Padre Ambrosio fue un sacerdote tan excepcional y sencillo, que, por eso mismo, uno se queda asombrado de cómo una persona sin ningún aspaviento, pueda ser un sacerdote fuera de serie, y un santo de primera categoría. Damos Gracias a Dios por ese regalo tan valioso que entregó a la Congregación Salesiana y, de manera especial, a la Ciudad de Guatemala. Este extraordinario hijo de Don Bosco, gran devoto de María Auxiliadora y de la Iglesia, y un modelo para todos los sacerdotes y laicos. Es una gracia muy grande de Dios el haber conocido y vivido tantos años junto a un santo sacerdote salesiano.

En la misa de nueve días, después de la muerte del P. Ambrosio, cada uno de los salesianos de nuestra comunidad externamos nuestras impresiones acerca del hermano fallecido. Entre los conceptos expresados, escojo algunas expresiones vertidas por los sacerdotes concelebrantes. El P. Agustín Vásquez dijo: “El P. Ambrosio nos dio una lección clara de un Cristo resucitado que vive en cada cristiano.... El P. Ambrosio ha sido un reluciente hijo de Dios, una reluciente imagen de Jesús.... Nos ha transmitido un mensaje de fe y de amor”. El P. David Panezo expresó: “Su humildad venía de su unión con Dios... El amor de Dios lo llevaba a servir a los demás con naturalidad y humildad... En el cielo tenemos un gran intercesor y amigo ... El Señor nos concedió la gracia de vivir con un santo” . El Padre José Luis Ruíz, que estuvo junto al P. Ambrosio en sus últimos instantes, dijo: “ Lo vi sereno, con las manos juntas; dio un fuerte suspiro y murió sin señales de agonía. En la hora de la muerte se recoge lo que se ha sembrado. El P. Ambrosio sembró bondad y servicio por eso murió como había vivido: serenamente como un santo sacerdote. El Padre Norman Bercián escribió: “El Padre Ambrosio fue un salesiano presbítero muy especial, con un



corazón sumamente bondadoso y caritativo. A mi mente, viene la imagen del Beato Felipe Rinaldi, a quien el padre Ambrosio conoció desde muy joven y con quien se parecía no sólo físicamente sino con varias similitudes en su perfil espiritual. La humildad resplandeciente, la disponibilidad solícita, la caridad espléndida, el buen humor noble y el sólido espíritu de oración y de piedad fueron algunas de sus cualidades más representativas. Un gran apóstol de la eucaristía, un gran maestro espiritual, un finísimo confesor y un gran enamorado del Santísimo Sacramento, de María Santísima Auxiliadora y de nuestro padre San Juan Bosco. Me impresionaba muy gratamente su profunda humanidad, su inmensa fe cristiana, su espíritu de servicio, su generosidad a toda prueba, su amabilidad festiva y, sobre todo, su alegría transparente. En fin, un salesiano con estatura de patriarca, con nobleza de fundador, con sencillez de santo, un Don Bosco vivo en Guatemala.

El Cardenal Oscar Rodríguez nos escribió: “Mis felicitaciones, porque tenemos un intercesor en el cielo que ojalá bendiga a nuestra querida inspectoría con más vocaciones”. Monseñor Julio Cabrera, obispo de Jalapa (Guatemala), comentó: “Bendigo a Dios por haberlo conocido y gozado de su amistad y trato fraterno y muy cordial. Le agradezco a nuestro Dios Trinidad Santísima haber acudido a él como confesor muchas veces, encontrándolo siempre disponible y fraterno. Agradezco a la Comunidad



Salesiana de Guatemala el que ahora tengamos a “un insigne protector delante de Dios”. Monseñor Palma, obispo de Escuintla comentó: “El padre Ambrosio misionero ejemplar que por 75 años enriqueció con el don de su vida y entrega la Evangelización de Guatemala... Los que le hemos conocido admiraremos siempre su talante sacerdotal y el inmenso amor a María Auxiliadora, a San Juan Bosco y a la Iglesia Católica, presente en las comunidades más pobres, especialmente entre los jóvenes. El Señor le otorgará sin duda, la recompensa a los “obreros buenos” en la merecida participación en el banquete de su Señor”. El Padre Carlos Chiu Fuentes afirmó: “Siempre fue un dechado de virtud, un admirable ejemplo de buen pastor siempre disponible para escuchar y para servir especialmente a los enfermos, con una entrega total a la causa del Reino de Dios. En la comunidad religiosa siempre actuaba como un fermento de unidad y cohesión. Su sola presencia, siempre serena y acogedora, infundía paz y concordia en todos los que convivíamos con él. Un hombre de Dios como era él, no podía tener enemigos. Cuando el Jueves Santo salíamos los salesianos a visitar monumentos eucarísticos en las diferentes iglesias de la ciudad, por todas partes aparecían personas que lo saludaban con afecto. Nosotros le decíamos bromeando que su parroquia era todo el territorio nacional, porque su celo por hacer el bien era ilimitado”.

El exalumno salesiano, Lic. Leonel Estrada, escribió con respecto al



P. Ambrosio: “¡Cuántas veces lo vimos anochecer en ambientes rurales, desplazarse por veredas polvorientas, en aldeas sin energía eléctrica, llevando la palabra y el cuerpo de Cristo a los necesitados. Acompañarlo a visitar enfermos era un regalo divino, pues se sentía la presencia del Espíritu Santo. Atender a algún paciente en un centro de salud público o privado rompía los horarios planificados, pues era tanta la felicidad que reinaba en el lugar, que hasta los no católicos se le acercaban para saludarlo y recibir una palabra de consuelo y la bendición del todopoderoso”.

La señora Vicky de Cocenza, que conoció muy de cerca al Padre Ambrosio durante mucho años, cuenta que en cierta oportunidad llegó a la iglesia la señora Eva de Santizo, con mucho dolor causado por defectos en la columna vertebral. Le habían puesto inyecciones, le habían dado medicinas y el dolor no cesaba: apenas podía caminar, sufría mucho. El P. Ambrosio hizo por ella una breve oración imponiéndole las manos en la espalda. La señora enferma quedó inmediatamente sanada y volvió a su casa caminando normalmente y sin ningún dolor”. Es más que seguro que Dios obró muchas sanaciones por medio del P. Ambrosio, que se desconcen, ya que por ser extremadamente humilde, nunca compartía con los demás detalles de sus triunfos apostólicos.

Demos gracias a Dios por el santo que nos regaló y que nos enseñó con su vida cómo se puede vivir el Evangelio según el estilo salesiano .

P. Hugo Estrada s.d.b.

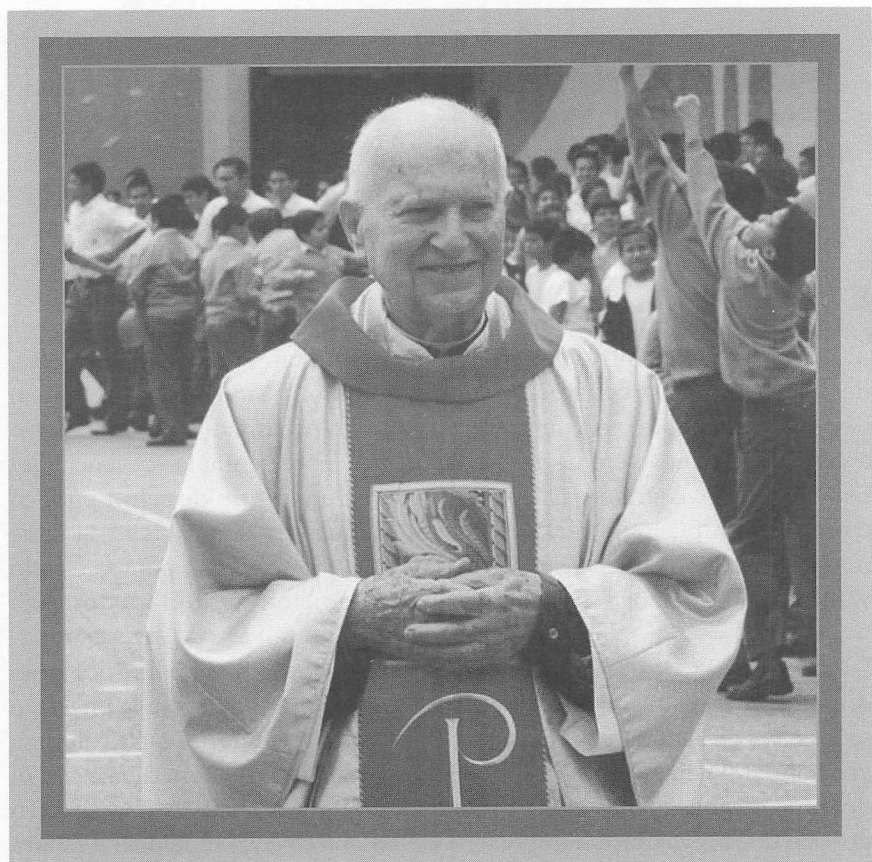


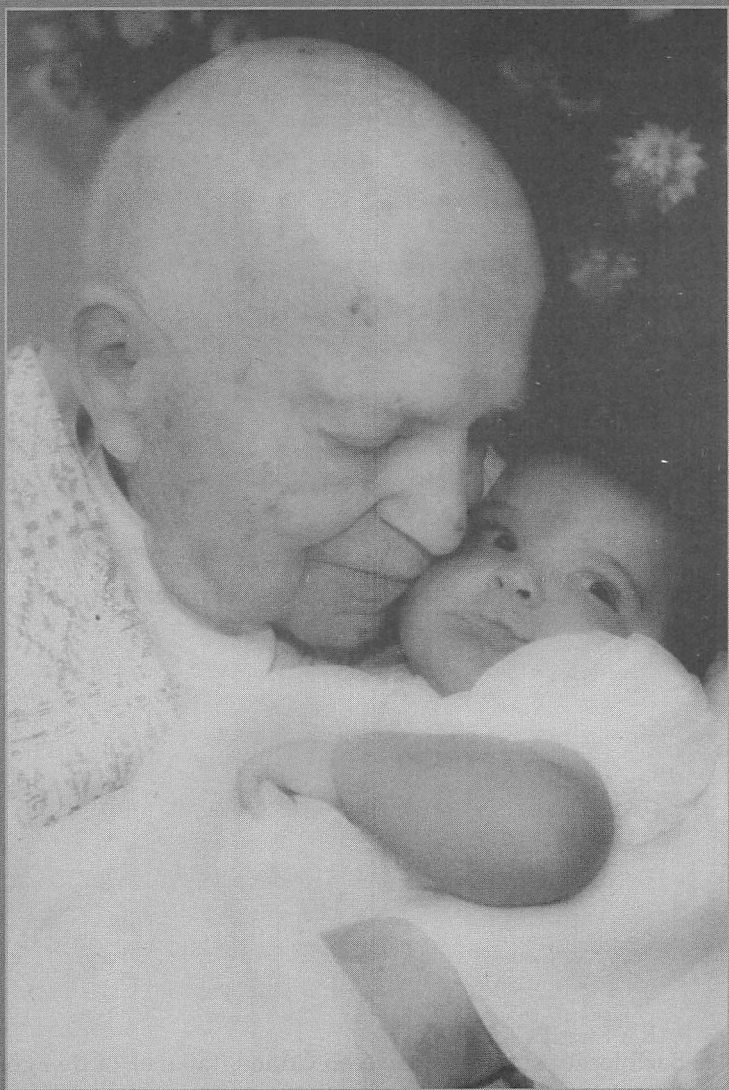


Foto de cuando izó la bandera de Guatemala en el programa cívico de una institución bancaria.

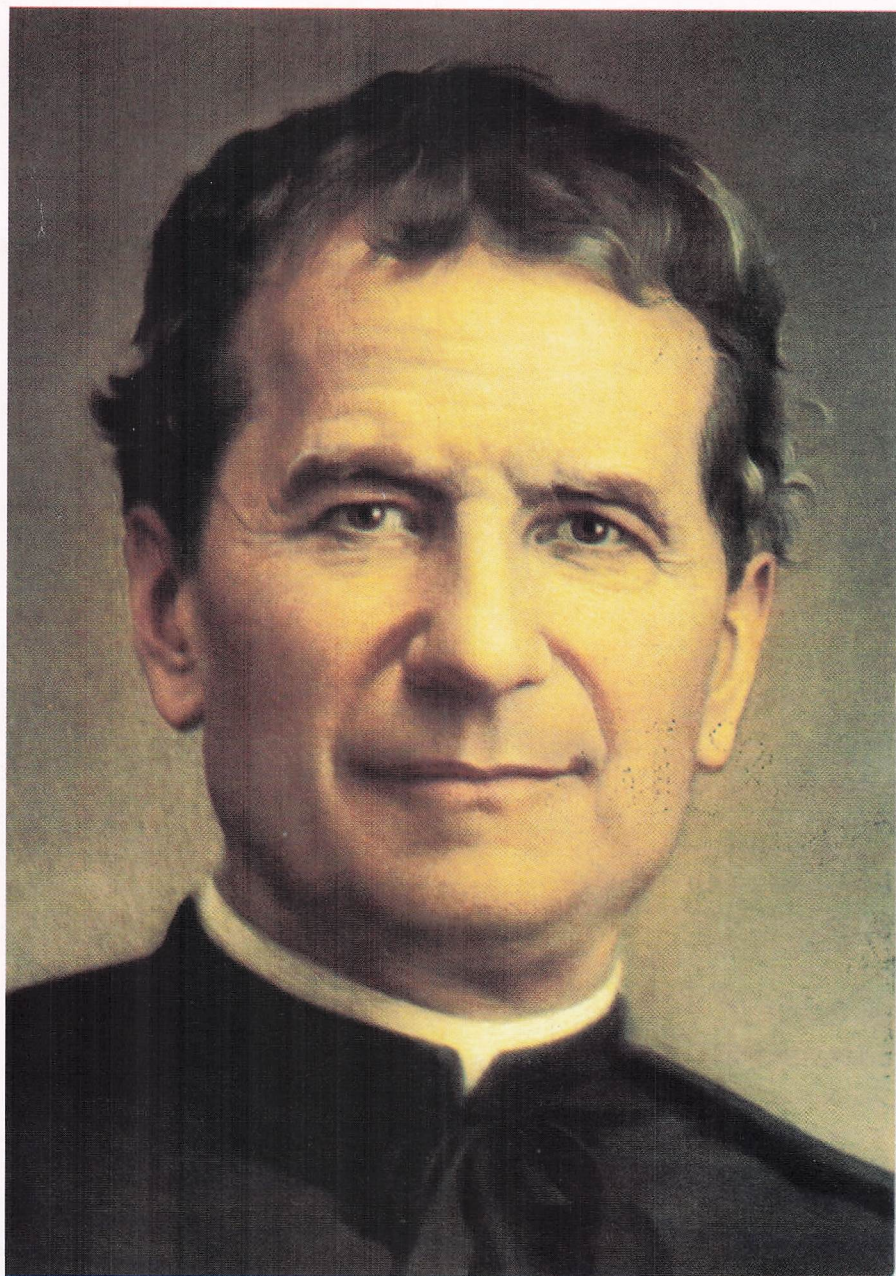
DATOS PARA EL NECROLOGIO:

El Padre Bartolomé Ambrosio nació en Cúneo, Italia, el 14 de agosto de 1917.

Murió en Guatemala, el 22 de agosto de 2012, a los 94 años de edad, 65 años de sacerdote y 75 de salesiano.



El P. Ambrosio el día que bautizó al niño José Adrián Bartolomé Molina Meza (quien lleva el nombre del P. Ambrosio en su honor) en la capilla interna del Colegio Don Bosco.



SAN JUAN BOSCO
FUNDADOR DE LOS SALESIANOS DE DON BOSCO
Padre y Maestro de la Juventud

Sueño de los Nueve años



Pintura original de Manuel Montes. Exalumno Salesiano San José del Valle - España

Réplica al Oleo, Maestro Christian Manuel García Hernández. Capilla Pinardi del Centro de Formación Profesional P. Bartolomé Ambrosio SDB. Ciudad de Guatemala. Año 2014

Pintura del Sueño de Juan Bosco a los nueve años de edad, donde le es revelada su misión para con los jóvenes.

*Siempre **Si**
al servicio*